

PAULINO UZKUDUN

LECCIÓN DE INGRESO

Como Amigo y Número de la
REAL SOCIEDAD BASCONGADA
DE LOS AMIGOS DEL PAÍS

EL BOXEO

Por

MANUEL VITORIA ORTIZ

Por

Manuel Vitoria Ortiz

- Catedrático de Medicina de la Educación Física y el Deporte de la Facultad de Medicina de la Universidad del País Vasco -UPV/EHU-
- Director del Centro de Estudios Olímpicos de la UPV/EHU

A) El primero es rendir el tributo que exige la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País en su artículo 14 para ser Amigo de Número, «con la intención de cultivar la inclinación y el gusto de la Nación Bascongada hacia las Ciencias, Bellas Letras y Artes y promover todo lo que contribuye al progreso económico, social y cultural del País, continuando los tradicionales sobre su lengua, sus leyes, usos, y costumbres y su historia».

B) El segundo es presentaros este trabajo de investigación y antropología deportiva, sobre la significación que tuvo en todo el mundo la figura de uno de los nuestros (res nostras), en los primeros treinta años de este siglo, cuando acabamos de finalizar. Paulino Uzkudun ha sido un punto de referencia en el mundo del boxeo en el Archivo Foral de Bizkaia

LECCIÓN DE INGRESO
Como Amigo de Número de la
REAL SOCIEDAD BASCONGADA
DE LOS AMIGOS DEL PAIS

Por

MANUEL VITORIA ORTIZ

MI PROPÓSITO CON ESTE DISCURSO

Queridos Amigos:

Con este discurso que voy a pronunciar ante vosotros, pretendo dos hechos que a lo largo de mi vida universitaria han sido metas o sueños a realizar, dentro de esta singladura que es la Universidad y que supone la culminación de un quehacer satisfactoriamente cumplido:

A) El primero es rendir el tributo que exige la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País en su artículo 14 para ser Amigo de Número, *«con la intención de cultivar la inclinación y el gusto de la Nación Bascongada hacia las Ciencias, Bellas Letras y Artes y promover todo lo que contribuye al progreso económico, social y cultural del País, continuando los tradicionales sobre su lengua, sus leyes, usos, y costumbres y su historia»*.

B) El segundo es presentaros este trabajo de investigación y antropología deportiva, sobre la significación que tuvo en todo el mundo la figura de uno de los hijos más predilectos de nuestro país (*res nostra*), en los primeros treinta y cinco años del siglo que acabamos de finalizar. Paulino Uzkudun ha sido y es hoy en día, un punto de referencia en el mundo del boxeo en todo el globo terráqueo. Su fuerza descomunal, su

potencia, su resistencia en el ring le hicieron acreedor a la categoría de mito. Era un hombre capaz de congregar masas en los estadios cuando boxeaba, lo mismo que paralizaba la ciudad de San Sebastián cuando la visitaba o cuando se amontonaba el pueblo madrileño, sentado en el suelo, ocupando toda la Puerta del Sol, para escuchar la retransmisión de un combate de Paulino Uzkudun, con los primeros balbuceos de una radio que nacía y que a falta de receptores, las ondas se expandían por medio de altavoces. No olvidemos que Ortega y Gasset solía decir que los españoles más conocidos y famosos, de estas fechas, en toda Europa y América eran dos vascos: Miguel de Unamuno y Paulino Uzkudun.

Pues bien, mis queridos amigos, *«en esta reunión de Vascos Amigos de su País, que constituidos en sociedad académica, científica y multidisciplinar piensa y trabaja, estudia e investiga por el bien del País Vasco»* quiero presentaros este trabajo de investigación histórica, antropológica, social y deportiva.

* * *

INTRODUCCIÓN HISTÓRICA A LA FIGURA DE PAULINO UZKUDUN

Paulino Uzkudun nace el 3 de mayo de 1899 en Régil (Guipúzcoa), en un núcleo familiar que adquiere proporciones máximas en el rudo ruralismo donde la boina reserva las ideas del contaminante progreso y modernidad.

El profundo agro es subsistir y vivir como se puede, dentro del ambiente confortable del caserío y con la dureza propia de labrar la tierra, al mismo tiempo que se huelen los manzanos, se hace sidra y se pastorea... Los guipuzcoanos, gente reservada, proclives a olfatear la berza, tienen por costumbre dejar a un lado exquisiteces místicas y delicados deleites intelectuales. La familia Uzkudun es la noble representación de la aspereza del baserri rural con total ausencia del refinamiento y florituras, donde la cultura del talo con bendiciones de sacristía, novenas, ánimas, rosarios y misas impregna hasta el silencio del vuelo de los pájaros. En Régil la sotana se constituye en uniforme de campaña y el confesionario era lugar obligado de visitas periódicas. Era difícil vivir en pecado en aquel pueblo. Se trabaja, se come, se vive y a veces también se divierte. Estamos a punto de terminar el siglo XIX.

* * *

INFANCIA DE PAULINO UZKUDUN

Del matrimonio formado por José Ignacio Uzkudun y Joaquina Eizmendi, ambas familias se pierden en el remoto origen del mal llamado valle de Régil, nacieron diez hijos en el caserío Gurutzeaga (Régil no es un valle porque está enclavado en la ladera del monte Ernio subiendo hacia Goyaz y Bidania). El décimo nace el 3 de mayo de 1899, es bautizado con el nombre de Paulino y pronto ocupa el puesto de benjamín familiar, sobre manera después de la muerte del octavo de la dinastía, que sume en una profunda tristeza a su madre de la que no se recuperó nunca. Después de la desaparición de este hijo, Joaquina quedó deprimida, empeoró psíquicamente y no salió de su tristeza ni con la alegría que le pudo dar el éxito mundial de su décimo hijo, que la venera de forma especial intentando cambiar su vida con sus triunfos en el ring. Paulino no lo consiguió nunca. Joaquina Eizmendi murió con la amargura y la tristeza que le provocó aquella temprana muerte.

Esta circunstancia psicológica agravaba más el carácter de cashero montaraz de los Uzkudun y muy propio de Régil, desconfiado con razón, dubitativo ante cualquier economía, indeciso siempre... porque va aprendiendo lentamente de las pillerías, engaños y mentiras que ha ido padeciendo en el mercado semanal de Tolosa. Van adquiriendo paulatinamente sabiduría sanchopancesca, sabiendo utilizar el soslayo. Los ciudadanos tolosarras explican a aquellos aldeanos que bajan del monte, matemáticas rudimentarias, tratos comerciales aplicados al pollo, gallina, cerdos, ovejas, vacas, manzanas... con decimales, sumas y restas escritos en una pizarra escolar que obscurecen más las justas y apretadas neuronas de aquellos baserritarras que rezuman nobleza e ignorancia impregnadas del más puro carlismo. Son católicos tradicionalistas inamovibles con todas sus consecuencias. Generalmente estos carlistas huyen del sol y viven arrimados a conventos. Son temerosos de la luz y sueñan diariamente con sacristías. Solamente hablan y se entienden en euskera.

No se debe olvidar que en 1910, el caudillo carlista don Jaime de Borbón dispuso la organización militar de las Juventudes Carlistas en el Requeté. Fue nombrado jefe del mismo el General y diputado a Cortes don Joaquín de Llorens. Rápidamente la organización se extendió por España. A partir de 1914 comenzó a languidecer, consumando su crisis en 1919, a causa de disensiones internas en la Comunión Tradicionalista.

Apenas quedó el nombre en algunos núcleos locales. Con la llegada de la República, en 1931, los grupos de Requetés tomaron mayor vigor, hasta adquirir una fuerza extraordinaria.

Paulino Uzkudun heredó de sus padres fortaleza, agilidad, capacidad de resistencia, nobleza, ademanes bruscos, tosquedad ambiental, voluntad inquebrantable y fuerza bruta que le hacía destacar entre la chiquillería regiltarra. Es un niño feliz, en un hogar trabajador, acomodado, que podía permitirse los lujos gastronómicos del momento. Pronto destaca por su capacidad combativa que le lleva a enfrentarse físicamente a otros muchachos de mayor edad a los que vence a golpes en aquellas primeras peleas infantiles. Es una especie de rey en Régil. Además se ve protegido por sus ocho hermanos mayores que dan prueba de mayor sensatez que Paulino.

La vida de este gran niño discurre dentro de la más absoluta normalidad. A los siete años de edad (1906) acude por primera vez a la escuela oficial y se enfrenta a los primeros conocimientos obligatorios. Sin embargo, esta nueva función escolar le va a servir también para nuevos "combates" con otros chavalillos, algunos más fuertes y mejor desarrollados anatómicamente que él, a quienes vence, unas veces con facilidad y otras con una contundencia que le obliga a tomar responsabilidades de grupo. No se deja intimidar. Lo que en un principio son sencillos puñetazos, a veces termina en heridas y corre la infantil sangre por las arcadas superciliares y brota desde los labios, desde la boca y desde dentaduras rotas. Probablemente la pelea más importante de su infancia, tanto por el combate en sí como por la significación que tuvo, fue la que disputó, después de cita obligatoria, como si de un duelo se tratara, con un muchacho tres años mayor que Paulino, que le superaba en fuerza y destreza. Se llamaba Justo Oyarzabal y era el otro reyezuelo de Régil. Al salir de la escuela, una tarde se desafiaron, se insultaron y se golpearon, rodaron por el suelo, sangraron, se chuparon los mocos... y venció por agotamiento Paulino Uzkudun, quien tras el reconocimiento del perdedor, se dieron la mano sellando una amistad que duró toda la vida. Justo Oyarzabal llevó a Paulino al boxeo, le acompañó en los triunfos y en las derrotas... y se fueron a América juntos a boxear cuando en Europa no había enemigo para nuestro boxeador. Justo Oyarzabal fue su ángel de la guarda, su amigo, su confidente, su defensor sin excusa ni pretexto. Justo Oyarzabal fue la sombra de Paulino Uzkudun.

Cinco anécdotas de la infancia de Paulino Uzkudun

Primera

Por necesidad de adecentar una propiedad familiar, la familia Uzkudun decidió volar una gran mole de piedra calcárea que impedía realizar las obras de mejora. Compraron dinamita, pistones y mechas. A Paulino se le ocurrió coger clandestinamente parte de estos explosivos y en compañía de Justo Oyarzabal decidieron dinamitar la mole. Dada la inexperiencia de ambos, colocaron el explosivo debajo de una piedra, protegidos por cierta lejanía y amparados en la cerca de la finca. Intentaban hacerla estallar tirando morrillos contra la dinamita, pero bien por lejanía o por inexperiencia fallaron el intento repetidamente. Como no lograba hacer diana en la piedra, Paulino se acercó al explosivo y golpeó el pistón con su puño derecho haciendo estallar la enorme piedra. Salíó despedido varios metros por la onda expansiva, sangrando abundantemente y con el rostro lleno de partículas pétreas que le dejaron las primeras cicatrices. No perdió el conocimiento y las heridas fueron cicatrizando...

Segunda

A la edad de diez años Paulino Uzkudun abandona, por primera vez, Régil para trasladarse en compañía de un sacerdote amigo de la familia a Zambrana (Alava) con un objetivo: aprender el castellano lento y puro del pueblo alavés. Permaneció allí catorce meses, habló castellano y olvidó el euskera. Como continuación de su afición eclesiástica y espíritu religioso, pasó por los elementales escalafones de monaguillo, sacristán y cofrade de todas las cofradías, participando activamente en todas las manifestaciones religiosas. Volvió a Régil y olvidó el castellano. Recordaba que cuando boxeó por primera vez, en París sólo hablaba euskera. Aquel clérigo de nombre don Cebedeo Ziarrusta Fernández de Arespacocho que le tuteló, hablaba con una especie de logomaquia política religiosa de tipo autista; solía utilizar un discurso hisopal jesuítico y alambicado. Cuando creyó que había conocido en profundidad a Paulino le manifestó:

— *«Tu cabeza no está hecha para el silogismo, ni para la sintaxis, ni para la prosodia, ni para el anacoluto».*

Paulino no entendió nada. Se calló, le brillaron los ojos con sencillez, casi quiso llorar avergonzado y se sintió como un perdulario. Era una época en la que el joven Paulino andaba de liturgias y se aplicaba intensamente a botafumeiros y ciriales, recibiendo con prontitud todo tipo de hostias (de las unas y de las otras), al menor pecado o trastada, pero siempre con confesión verbal y arrepentimiento manifiesto. Un carlista es un carlista y por encima de todo, Dios, la disciplina, la acometividad, la pureza de alma, el breviario de la sotana vigilante, la castidad y la mirada limpia de la raza española. Todo esto en euskera.

Tercera

Cuando Paulino tiene doce años fallece repentinamente de paro cardíaco su padre. José Ignacio Uzkudun era un hombre de gran corpulencia y de fuerza descomunal. Días antes a su fallecimiento había levantado seis sacos de cuarenta y cinco kilos atados a una madera en una apuesta que lógicamente ganó. Trabajador de sol a sol, labrando el campo, cortando árboles con hacha..., todo trabajo era poco para este gran hombre infatigable, vigoroso y optimista. Nuevamente se enlutece el caserío Gurutzeaga y el pequeño Paulino, descubre asustado en una dolorosa revelación, el misterio de la vida y la muerte. José Ignacio Uzkudun tenía setenta y cinco años.

Cuarta

Paulino Uzkudun por genética heredó la fuerza y potencia de la que he hablado y de la que seguiré insistiendo. Todos sus antepasados, tanto hombres como mujeres, eran berroqueños y longevos. Sin embargo, me consta que su desarrollo anatómico no era proporcional a su fuerza. Cuando contaba quince años estaba menos musculado que el resto de jóvenes de su misma edad y con diecisiete pesaba justamente cincuenta kilos. El salto definitivo lo da a los diecinueve años llegando a pesar los ochenta kilos (Fernando Vadillo asegura que a esta edad pesaba noventa y cinco).

El único dato patológico en su historial médico infantil digno de comentar es que, a la edad de doce años, enfermó de fiebres tifoideas obligándole a guardar cama durante un mes. Fue tratado con reposo estomacal y con *sosiega* (*anticuenta*) que consistía en una taza de cha-

colí que se calentaba metiendo una espiga de borona de maíz tostado. Paulino durante esta convalecencia pasó hambre y estuvo a punto de estropear definitivamente su salud, con riesgo de perder la vida, ya que se le ocurrió, acuciado por el hambre de la estricta dieta, saltar al tejado del caserío, subirse a una parra que trepaba por la pared y empapuzarse de racimos de uvas que todavía estaban verdes. Las consecuencias fueron funestas. Remontó la fiebre, recayó el enfermo y un milagro (unido a su férrea constitución) pudo hacer que no se rompiera el delgado hilo que aún le unía a la vida.

Quinta

Es necesario reconocer y destacar que la faceta deportiva más importante en la juventud de Paulino Uzkudun no fue el boxeo sino el oficio de cortar troncos de árboles con hacha. Lo que en un principio fue una afición dominical que agrupaba a una docena de jóvenes que subían al monte para cortar árboles y trocearlos posteriormente, se convirtió en su preparación física, en su endurecimiento muscular, en el encallecer de sus manos y en moldear esa potencia física tantas veces evidenciada. Paulino Uzkudun derribó centenares de pinos, robles, hayas, castaños, nogales, encinas, fresnos... Los primeros troncos son los primeros combates sin guantes pero con un hacha que con un seco crujido hace saltar las tascas del tronco. Vertiginosamente su hacha se clava una y otra vez sobre la mella, con agilidad, con ritmo, adquiriendo un estilo intuitivo. Saltan mil astillas por el aire y Paulino Uzkudun pasa a ser el mejor aizkolari de Régil.

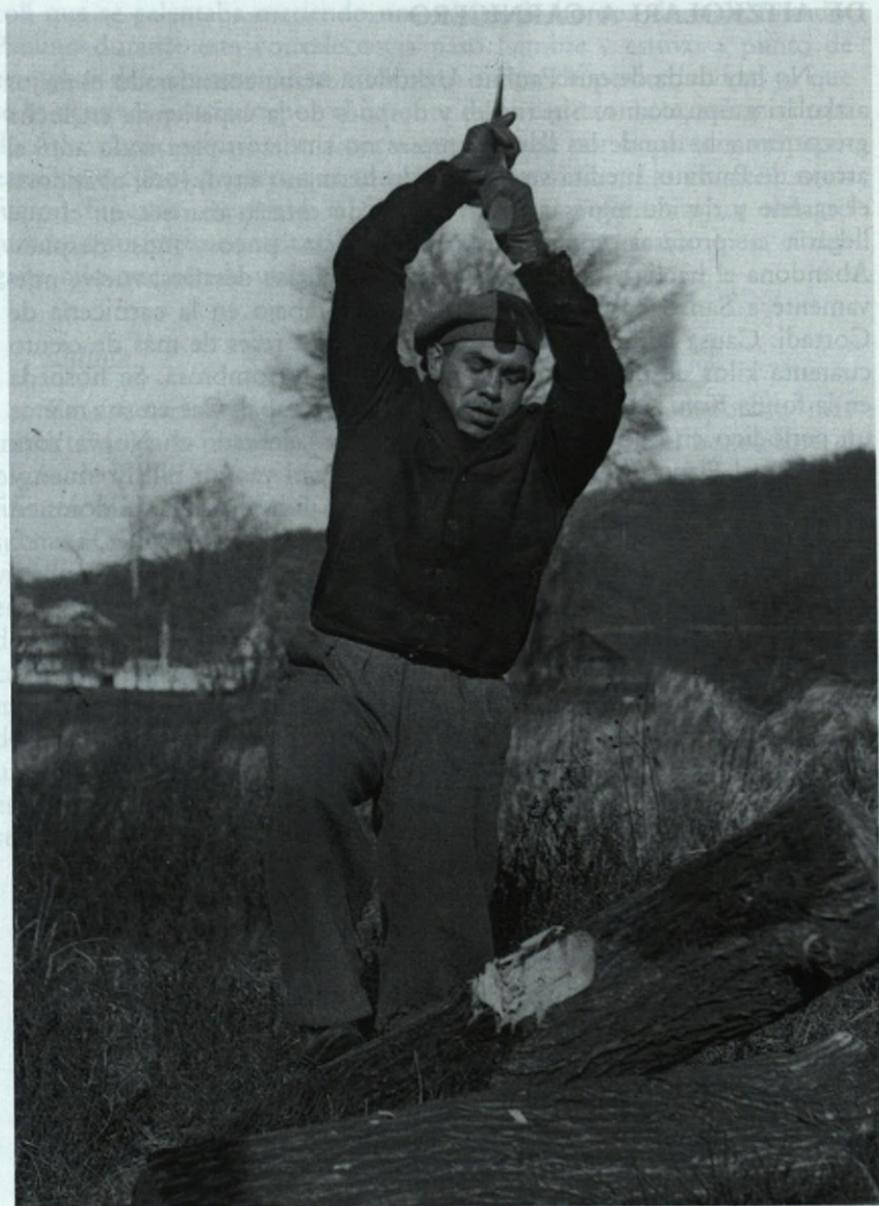
* * *

DE AITZKOLARI A CARNICERO

No hay duda de que Paulino Uzkudun estaba considerado el mejor aitzkolari guipuzcoano. Sin rivales y después de la experiencia en lucha grecorromana, donde las llaves y presas no sirvieron para nada ante el arrojo de Paulino, medita su futuro. Un hermano suyo, José, abandona el caserío y decide ingresar en un noviciado catalán marista, en el que llegaría a profesar como hermano marista pocos años después. Abandona el hacha y con el dinero ganado en los desafíos, vuelve nuevamente a San Sebastián donde encuentra trabajo en la carnicería de Cortadi. Causa admiración al verle trasladar las reses de más de ciento cuarenta kilos de un lado a otro con facilidad asombrosa. Se hospeda en la fonda *Koju Enea* propiedad de Justo Oyarzabal. Cae en sus manos un periódico en que se informa del combate celebrado en Nueva York entre Angel Firpo ("el Toro de las Pampas") y el yanqui Bill Brennan y de la fabulosa ganancia en dólares conseguida por ambos boxeadores en pocos minutos de lucha. Nueva meditación. Pocos días después, asisten a una velada de boxeo en la plaza de toros de San Sebastián. Paulino Uzkudun ve boxear por primera vez en su vida. Se entera de que los púgiles del combate estelar, el bilbaino Solinís y el donostiarra Gómez ganan dos mil pesetas, en tan poco tiempo. Vuelan por sus neuronas el trabajo en los montes de Articusu, cortando troncos desde el amanecer hasta la noche, para ganar al cabo de meses mil quinientas pesetas... y decide hacerse profesional del boxeo.

Las posibilidades que ofrecía San Sebastián para ser boxeador se centraban en el gimnasio del francés Casalunga, donde se practicaba cultura física, la gimnasia del momento, nociones de boxeo (saco y guantes) y poco más. Paulino Uzkudun acudió a este gimnasio en el que Casalunga quedó impresionado por la anatomía del aspirante a boxeador. Sin embargo, en este período no solamente se entrenaba en el gimnasio y trabajaba en la carnicería; para subsistir, ahorrar y pagar la fonda trabajó como peón en la construcción del gran Kursaal. Se contaba que era capaz de saltar cinco escalones con cien kilos de material al hombro, bien atados con cuerdas a las costillas, mientras causaba admiración al resto de los peones y capataces.

Una de las anécdotas más impactantes de la descomunal fuerza del joven regiltarra me la refirió personalmente. No es frecuente oirla y



Paulino Uzkudun, ya boxeador, solía recordar su época de aitzkolari.

curiosamente no ha sido transmitida a la posteridad (ni oral ni escrita). Cierta día estando trabajando como peón en el Kursaal, pasó por delante de la obra un ventero al frente de su yunta de bueyes tirando de un carro que transportaba veinte barricas de vino. Era costumbre entre los propietarios de ventas y tabernas, acarrear el caldo riojano de Haro en este tipo de transporte. Llovía abundantemente y el pavés de la calle brillaba por lo resbaladizo. Uno de los bueyes perdió una herradura, derrapó y se rompió la mano delantera derecha, cayó al suelo y la carga de barricas se desplazó desequilibrando el carro que se ladeaba peligrosamente. El ventero pidió ayuda a los peones, que habían presenciado el inicio del desastre. Soltaron al buey del yugo y avisaron a Cortadi, el carnicero, que rápidamente sacrificó al buey en la calle y procedió al despiece obligatorio. Equilibraron las barricas. Paulino se ofreció a reemplazar al buey. Metió la cabeza en el yugo, le sujetaron el fruncil con las coyundas bien atadas a las orejas y al cuello y arrastró con la compañía del otro buey el carro con las veinte barricas durante los dos kilómetros que faltaban para llegar a la venta. Un bípedo *sapiens* sustituyó a un cuadrúpedo *non sapiens* con efectividad similar.

De este modo fue transcurriendo este breve tiempo en la vida de Paulino Uzkudun. Se inició en el gimnasio, conoció algo de boxeo y fue presentado en la redacción de "La voz de Guipúzcoa"... pero todo esto era poco para sus aspiraciones. No tenía púgiles de su peso ni había veladas de boxeo.

* * *

PAULINO UZKUDUN EN FRANCIA

Se despide de Cortadi el dueño de la carnicería y de sus compañeros de peonaje. Justo Oyarzabal le aconseja que para formarse como boxeador debe ir a París. Se despide de su madre, de sus hermanos... y de Régil. Ante el interrogante familiar de qué es boxear, responde escuetamente: «Arrear puñetazos hasta que caiga el otro sin aliento». Joaquina llora impotente ante la decisión definitiva del más pequeño de sus hijos.

Vuelve andando, con una maleta, a San Sebastián. Antes de doblar el último recodo del camino, vuelve sus ojos hacia el caserío que le vio nacer (Gurutzeaga está muy triste): es un mudo adiós de despedida. Y vuelve a sentir la misma extraña congoja, que sintiera cinco años antes, al dejar por primera vez Régil, para ir a partir troncos a los montes de Articusa.

La forja de un campeón

Paulino Uzkudun llega a París el 20 de junio de 1923 con su maleta y una carta de presentación que le había dado Justo Oyarzabal y A. Carrasatorre para don Luis Goñi, un médico tolosarra que ejercía en la capital francesa. Solamente habla euskera y lo único que le interesa es ser boxeador. Al día siguiente, es presentado en el gimnasio más importante y prestigioso de París, que dirige Anatole Anastasie.

— Paulino sólo pronuncia esta frase: «EMAIZKIAK ESKULARRU ETA GALTZAMOTZ BATZUK ETA NIK JARRIKO DET BESTE GUZTIA» (Déme unos guantes y un calzón. Yo pondré lo demás).

En este gimnasio se entrena una cuadra de púgiles de todos los pesos. Inicia su preparación y comienza a aprender a boxear... golpe directo, gancho, crochet. Poco a poco sabe colocar pies y brazos, cubrirse y bloquear los golpes. Es tosco, no entiende la esgrima del boxeador técnico... pero aguanta todos los golpes que recibe sin pestañear. No retrocede, sabe encajar pero le cuesta mucho colocar el puño en el punto exacto. Es duro el aprendizaje y muy duro el precio del baile de piernas. Paulino no había bailado en su vida y ahora tenía que danzar en la lona. Cuando por la noche regresa a la habitación de un modesto hotel de la calle Bauchaumont donde se hospeda, tiene el cuerpo magullado, la cara destrozada, los pómulos hinchados... y tiene que limpiarse

los coágulos de sangre que taponan su nariz. Apenas tiene fuerza para desnudarse y cae rendido en la cama. Es su única satisfacción. Algunas veces se acuerda de Régil... pero vuelve con más ímpetu al gimnasio, donde es admirado discretamente y en silencio (el silencio del boxeador es muy profundo... y cuando habla generalmente no dice más que tonterías e incongruencias). Paulino Uzkudun me manifestó que, a veces, lloró sobre la almohada.

En este mismo gimnasio, es masajista un antiguo boxeador: Albert Arthus. Se interesa por Paulino y le recomienda romper la nariz para evitar las frecuentes hemorragias nasales que sufría. Paulino dejó caer los brazos a lo largo de su cuerpo (bajó la guardia), alzó la cara y se quedó inmóvil, impassible, con ese estoicismo imprescindible en los hombres del ring. Arthus echó el brazo derecho hacia atrás, arqueó el tronco y tomando impulso aplastó los huesos propios de la nariz de Paulino que a partir de este momento quedó chata, ancha y hundida. Tardó seis días en recuperarse, y no pudo asistir al gimnasio... pero no volvió a sangrar.

El tiempo trascurría y solamente había una cosa clara: Paulino Uzkudun aprendía lentamente el arte del boxeo, pero los púgiles que hacen guantes con él tratan de evitarlo. Salen muy doloridos y los asaltos son breves; nunca llegan al tiempo reglamentario. Un día apareció por el gimnasio Georges Carpentier que acababa de perder su doble corona de campeón mundial y europeo de los pesos semipesados a manos del senegalés Battling Siki en aquel histórico combate de Montreuge. El campeón francés quiso entrenarse con Paulino... y a los quince segundos se retiró, al comprobar que los impactos del púgil vasco eran demoledores. Por cierto que dos años más tarde, en 1925, Carpentier y Paulino harían una pelea a la americana, a diez "rounds", con ocasión del homenaje de despedida tributado al que fue peso mosca Bobby Diamond, que acababa de sufrir la pérdida de un ojo en un reciente combate. Bobby Diamond fue posteriormente manager del negro Al Brown en Europa y, poco después, del ex campeón español Luis Romero.

El aprendizaje parisino duró tres meses. Fue despiadado, desagradable y sangrante. Paulino se curtió, adquirió experiencia y se le presentó la primera oportunidad cuando el ruso Touroff y su manager acudieron al gimnasio en busca de algún contrincante que no presentara

problemas en el ring. El boxeador ruso había realizado una buena campaña en París... pero era algo tonto, pero un tonto de la especie amarraco, con la nariz y la boca hacia adentro, como pájaro pizarro con corbata. Anastasie les ofreció a Paulino Uzkudun como púgil nuevo, desconocido, sin debutar, analfabeto en el boxeo...

Primer combate profesional de Paulino Uzkudun

Paulino Uzkudun no combatió nunca como aficionado (amateur, con camiseta). El 16 de septiembre de 1923 se celebró su primer combate (profesional), en el "Estadio Anastasie", contiguo al gimnasio, a la distancia de ocho asaltos. Paulino Uzkudun tenía veinticuatro años. Curiosamente en el cartel, se anuncia el combate como la "estrella" de la velada. Probablemente sea el único boxeador de toda la historia del boxeo que nació siendo "estrella" y que nunca figuró en combates de poco pelo. Le llaman "el leñador vasco" y por esta condición, atrajo a un contingente masivo de españoles que vivían en París. En el rincón de Paulino están Anastasie y Arthus. Sube al ring Touroff luciendo un llamativo batín de seda que hace deslucir el apretado calzón del vasco y empieza el boxeo en serio.

Aquel primer combate duró tres asaltos. Paulino Uzkudun hizo lo único que sabía hacer: dar golpes más o menos certeros y encajar sin pestañar. Todo lo hizo sencillo. Amagaba poco y pegaba mucho. Se notaba su bisoñez boxística ya que al descargar el guante en la cara del ruso, éste le esquivaba y varias veces estuvo a punto de caer a la lona al fallar el golpe. Touroff cayó tras un derechazo que explotó en su maxilar inferior siendo rematado inmediatamente por un diluvio de golpes. A Paulino Uzkudun le pagaron por aquel combate doscientos francos. La prensa parisina comenzó a hablar de la nueva promesa del boxeo, de sus cualidades, de sus extraordinarias condiciones de pugilista...

París atravesaba por aquel entonces una crisis de figuras de primera magnitud. Como acabo de decir, Georges Carpentier, el gran ídolo, acababa de perder sus coronas mundial y continental de los pesos cruceros. El italiano Herminio Spalla se alzaba con el entorchado europeo de los grandes pesos. Los organizadores parisienses buscaban afanosamente el hombre capaz de abarrotar los locales, como en su día los lle-

nara «*le belle Georges*». Por eso volvieron sus ojos esperanzados hacia ese impetuoso leñador vasco, que tan estrepitosamente había batido a un púgil de la categoría de Touroff. Uzkudun podía ser una novedad, por su estilo antiortodoxo, por la posibilidad de un buen espectáculo, por el dramatismo que imprimía a su acción.

Por si esto fuera poco, la prensa de la capital dedicaba al vencedor de Touroff comentarios elogiosos, señalándole como a «*un joven peso pesado, fuerte y valiente, en quien había madera de campeón, y a quien habría que preparar y dirigir hábilmente para evitar que se malograra como tantos otros*».

Fue entonces cuando la empresa de la famosa sala Wagrand contrató a nuestro boxeador para enfrentarlo al excampeón de Francia, Paul Journée, en el match estelar de una de sus veladas. Iba a ser su segunda salida al ring, y los técnicos estimaron, apoyados en la lógica, que este segundo adversario cortaría en flor el vuelo ascendente del leñador vasco.

El combate tuvo lugar la noche del 26 de septiembre, es decir, diez días después de su debut. Y aunque esta vez no logra vencer por *k.o.*, gana por amplio margen de puntos, después de someter a su adversario a un tremendo castigo.

Paulino tenía por costumbre boxeo diestro, porque creía que era más eficaz. En este combate con Paul Journée sufre su primera lesión profesional al fracturarse dos metacarpianos de la mano derecha cuando aplica un contundente puñetazo en la mandíbula del francés. Sentía dolor pero continuó golpeando al contrario hasta el final del combate. Gracias a esta fractura que curó con un simple vendaje aprendió a utilizar la otra mano. De este modo, descubrió accidentalmente una insospechada potencia en el golpe de izquierda. No es exacto, pero se puede decir que pasó de diestro a zurdo.

Esta segunda victoria, menos espectacular pero más meritoria que la primera, confirmó la esperanza que representaba el púgil vasco para el boxeo europeo. La prensa le hizo popular y en Régil se comenta que... «*el del caserío Gurutzeaga triunfa en París*».

* * *

CAMPEÓN DE ESPAÑA DE LOS PESOS PESADOS... EN PARÍS

Aquella estrepitosa victoria conseguida sobre Townley en menor espacio de tiempo y más fulminantemente que la lograda por Georges Carpentier, dio por tierra con cuantas dudas podían existir aún con respecto al valor real de Paulino Uzkudun. Pocos días después —exactamente el 14 de junio de 1924— el “leñador vasco” subía al ring del Circo de Invierno para medirse al catalán José Teixidor, el mejor peso pesado que hasta entonces había existido en España. José Teixidor residía desde hacía algún tiempo en París, a donde había llegado desertando del ejército español. Era un pugilista de corta estatura, ancho de espaldas, esgrimista experto y habilidoso, rápido y flexible como un peso ligero. En París gozaba de una amplia popularidad, siendo, por tanto, el único español que podía hacer sombra al regiltarra. Esta fue la causa de que Paulino ordenara a su *manager*, M. Anastasie, la gestión para el montaje de aquel combate, en el que entraría en juego la corona española de los pesos pesados, que poseía José Teixidor.

En el Circo de Invierno se hallaba presente toda la colonia parisiense española, además de los centenares de aficionados guipuzcoanos y catalanes que se trasladaron a París con tal objeto, y de la masa de seguidores franceses que había cosechado Uzkudun a través de sus combates. El Circo de Invierno se hallaba, pues, rebosante de público.

La táctica del púgil catalán era conservadora y defensiva. Muy pocas veces tomó la iniciativa. En el tercer *round*, en un cuerpo a cuerpo, Paulino suelta un definitivo *uppercut* que noquea a Teixidor. Paulino no se dio cuenta del impacto y al separarse vio cómo el pesado cuerpo de su contrincante se desplomaba chocando su cara violentamente contra el tapiz. Tardó diez minutos en recobrar el conocimiento. El público reconoce con una estruendosa ovación al nuevo campeón de España de los pesos pesados... en París.

* * *

El 6 de septiembre, cicatrizada la enorme herida de la ceja, en la que tuvieron que darle siete puntos de sutura, Paulino se presentó en el ring de la Plaza de Toros de Bilbao, frente al inglés Phil Scott, un gigan-

te a quien llamaban "el panadero de Londres". Tres días antes del combate Paulino Uzkudun realiza una exhibición en el teatro Coliseo Albia de Bilbao, vestido con calzón, camiseta y protegido por casco en la cabeza. Su rival fue Gabiola, el malogrado púgil de Amoroto que moriría trágicamente en Filipinas después de un combate contra Logan. Disputaron tres asaltos. Así se programaban las veladas y se promocionaba el espectáculo en un Bilbao para quien Paulino Uzkudun era cita obligatoria en el ambiente pugilístico de la Villa.

Arbitró nuevamente Georges Carpentier y en el cuarto asalto, tras ser sometido a un vigoroso castigo, Phil Scott era vencido por fuera de combate. Esta victoria fue una de las que mayor prestigio le valió a Paulino Uzkudun en Estados Unidos, donde Phil Scott tenía un récord impresionante.

* * *

BERLÍN

El 1 de diciembre de 1925, el Sport Palast presentaba un aspecto impresionante. La multitud había asaltado materialmente el amplísimo local, atraído tanto por la presencia de su ídolo en el match estelar, como por la fama de gran golpeador que poseía en Europa el “leñador vasco”. Y no defraudó nuestro compatriota en su presentación. Pletórico de facultades, más agresivo e implacable que nunca, sometió a un durísimo castigo a su adversario, que, a pesar de su tenaz y valerosa resistencia, cayó derribado en el sexto *round*. Pero el árbitro y el cronometrador del match, ambos alemanes, se habían puesto de acuerdo para apoyar a su compatriota. Al caer éste, el gong señalaba el final del asalto, con una anticipación premeditada de seis segundos, y los ayudantes de Breitenstrater se abalanzaron sobre él y le arrastraron hasta el rincón, donde consiguieron recuperarle. Pero de nada le sirvió la estratagema, porque en el noveno *round*, un poderosísimo *uppercut* alcanzó la mandíbula del alemán, que se desmoronó pesadamente sobre las tablas. El árbitro intentó ganar tiempo, pero no pudo evitar la obligación (dolorosa para él) de contar los diez segundos reglamentarios.

El público, que durante todo el combate no había cesado de alentar al alemán, instándolo a que no perdiera la fe y venciera, premió a Uzkudun, con magnífico “espíritu deportivo”, dándole una de las ovaciones más unánimes y clamorosas de toda su vida.

Paulino Uzkudun guardó un grato recuerdo de sus viajes a Alemania, porque en pocos países del mundo fue tratado con la corrección, la deportividad y la admiración que en aquel país, donde llegó a ser un héroe popular hasta el punto de ser recibido triunfalmente en Berlín posteriormente. Allí hizo grandes amistades, pertenecientes a todas las esferas sociales y políticas. Desde el propio Max Schmeling (adversario encarnizado en el ring y buen camarada en la vida privada), hasta el histórico ministro de Propaganda e Información del Reich Joseph Paul Goebbels, que dada la admiración que sentía por Paulino Uzkudun, le invitó un día a tomar el té en Berlín y queriendo mantener correspondencia escrita con él le preguntó:

— «¿A qué dirección puedo escribirle, “Herr” Uzkudun?»

— «Conque ponga usted “Paulino Uzkudun, España”, basta, señor».

* * *

PAULINO UZKUDUN CAMPEÓN DE EUROPA DE LOS PESOS PESADOS (1926)

Herminio Spalla luce la diadema de campeón de Europa de los pesos pesados en aquella lejana primavera de 1926.

El primer campeón del viejo continente fue Georges Carpentier, el ídolo francés que se alzó con el entorchado derribando en Londres al gigantesco y fabuloso gladiador inglés Bombardier Wells, el día primero de junio de 1923. Carpentier retuvo el título nueve años, siendo derrotado en septiembre de 1932 por el senegalés Battling Siki, en el histórico combate de Montrouge. Este campeón negro, proyectado repentinamente hacia la celebridad por su triunfo sobre "*le belle Georges*", inició una serie de excentricidades que culminaron con su descalificación a perpetuidad en Europa. El 17 de febrero del 1923 el italiano Herminio Spalla se alza con el entorchado continental, mientras el cómico Battling Siki desembarca en Estados Unidos con una pantera por mascota y una extraña indumentaria que escandaliza a los norteamericanos. Battling, a pesar de la publicidad de que se rodea, registra en los cuadriláteros una serie continuada de derrotas, hasta que un día se paraliza su turbulenta y escandalosa vida, al aparecer muerto la noche del 15 de diciembre de 1925, en una sórdida calleja de los bajos fondos de Nueva York. El vencedor de Georges Carpentier había sido acuchillado en una taberna...

Era el momento definitivo de sentar cátedra boxística en Europa. Paulino se ha preparado extraordinariamente para este combate, tanto física como psíquicamente (otra vez los silencios del vasco)...; a estas alturas de su vida Uzkudun era obstinado, rupestre, de dureza extrema y de contundencia aplastante. Había aprendido a ser una roca legítima a causa de su progresiva experiencia profesional; de este modo, algo torpe, con poca esgrima, empezó a ser un relámpago de lo absoluto.

Aquel triunfo por *k.o.* en tres *rounds* decidió que la E.B.U. nombrara aspirante a Paulino. Pasarían dos meses antes de que se pudiera montar el encuentro con Herminio Spalla, quien se negó en rotundo a que tuviese lugar en España. No quería salir de Italia y todas las negociaciones fracasaban. El espíritu del boxeador tradicional italiano siempre ha sido marrullero, tramposo y poco artístico. Se han amparado en la protección de la patria y el control de los árbitros. Para ganar a un

púgil italiano, en su casa, era necesario derribarlo hasta noquearlo; de lo contrario, el árbitro dará siempre vencedor a los puntos al italiano, aunque el contrario hubiese ganado por abrumadora mayoría. Tampoco la mafia estaba muy lejos de estos ambientes. Paulino tenía puestas sus esperanzas en destrozarle y le daba igual un sitio que otro. Sin embargo, el viejo zorro del ring que era Descamps olfateaba la posible descalificación por golpe bajo..., envenenamiento, o cualquier otra hazaña de un reptil de lupanar italiano.

Francisco Descamps tenía razón. El había dirigido, entre otras grandes figuras, a George Carpentier, y conocidos todos los trucos del boxeo. Las doce cuerdas no tenían secretos para él.

Al cabo de dos meses de forcejeo, Herminio Spalla aceptó combatir en España, influido especialmente por el peso de la bolsa que le ofrecían en Barcelona, infinitamente superior a la que estaban dispuestos a darle en Roma. Gracias a ello, Paulino Uzkudun pudo conquistar para España la corona europea de los grandes pesos, en aquel memorable combate celebrado en la noche del 18 de mayo de 1926...

Cuarenta mil espectadores abarrotaron la Plaza Monumental de Barcelona la noche del 18 de mayo de 1926. Paulino Uzkudun, el bravo pugilista que en breves años ha llegado al pináculo de la gloria deportiva, derribando de sus pedestales a las más sólidas figuras europeas, sube al ring para disputar a Herminio Spalla el campeonato. Uzkudun inicia el combate atacando impetuosamente. Sabe que Herminio Spalla, que se ha enfrentado en América a hombres de la categoría de Luis Firpo y de Gene Tunney, posee una experiencia superior a la suya, y una esgrima mucho más perfecta. Comprende que para batir a Spalla habrá de imponerse por combatividad y pegada. A su primera investida, el campeón replica sacando a colación toda suerte de recursos, trabando y agarrándose para entorpecer su ataque. Está claro que Spalla le rehuye y quiere durar los doce asaltos sin caer a la lona, esperando una posible oportunidad. Decía Alfonso Reyes, esteta de la palabra, en un ensayo sobre la épica y la poesía, que las grandes gestas se alcanzan indefectiblemente por elevación y asfixia. De este modo, Paulino Uzkudun redactó una página imborrable en la historia del boxeo. No se conforma con ganarle por puntos. Quiere derribarle, vencer por fuera de combate. En el octavo *round* observa que Spalla está debilitándose por minutos.

Paulino presiona el ataque, multiplica sus golpes. Suena el gong. Herminio, que ha adivinado la intención del regiltarra, le recibe en el centro del ring aplicándole un poderoso golpe bajo. Lo mismo hace en el décimo asalto y en el undécimo. Este último golpe está a punto de derribar a Paulino. El público protesta con indignación ante el juego sucio del italiano. El árbitro suspende la pelea, decidido a dar la victoria al español por descalificación de su adversario. Paulino se opone; igual que un año antes, en aquella noche de la Plaza de Toros de Madrid, cuando el belga Jack Humbeck le abriera la ceja de un terrible cabezazo.

Dialoga brevemente con el árbitro y rechaza verbalmente suspender el combate por descalificación del italiano que quiere evitar la ignominia del k.o. de cualquier modo. En el duodécimo asalto el pánico y el agotamiento de Spalla le impide poder boxear. Se agarra a Paulino, como náufrago a una tabla salvadora. Nuestro púgil quiere ser campeón por puños y no por descalificación humillante.

Y, en efecto, lo demostró cumplidamente, arrancando noblemente a Spalla la corona continental. Los cuarenta mil espectadores le tributaron una de las más atronadoras y emocionantes ovaciones que habría de escuchar en su dilatada carrera deportiva, mientras el teléfono y el telégrafo esparcía por el mundo la noticia del triunfo de Paulino Uzkudun.

¡Ya es campeón de Europa Paulino Uzkudun! Su aureola crece y se agiganta hasta adquirir volúmenes que sólo había gozado en Europa hasta entonces George Carpentier. Paulino Uzkudun, el heroico gladiador vasco, está alcanzando el cenit que ningún otro boxeador español podrá alcanzar nunca. Ante él se abre una nueva etapa gloriosa. Su férrea estampa se alza rotunda, magnífica, sobre el mapa de Europa, en una soberbia amenaza al imperio pugilístico de América. Y allá, en el nuevo continente, el ídolo americano, el campeón de campeones, el fuerte y glorioso Jack Dempsey, debió sentir un leve estremecimiento.

* * *

PRIMER VIAJE A AMÉRICA

Resulta curioso comprobar la popularidad de Paulino Uzkudun en una tierra que pisaba por primera vez. Repasando la prensa vemos que es recibido en el muelle por una multitud que le vitorea y aclama. Son argentinos y españoles que querían ver, tocar y agasajar al ídolo, el español más conocido en América. Se organiza un desfile con bandas de música que acompañan a Paulino hasta la residencia de Sandalio Perea, un vasco millonario que le ofrece su casa como residencia y que será su protector durante los tres meses que permaneció en Argentina. Es invitado constantemente y recibe obsequios de lo más variopinto y de las personas más dispares.

La última y única posibilidad que tuvo Paulino Uzkudun de boxear (si a aquello se le pudo llamar boxeo) fue una exhibición con Antonello Ferrara (Firpito) que acababa de llegar de los Estados Unidos donde se fraguó una importante reputación en el ámbito pugilístico americano. Ferrara poseía una fuerte pegada y quiso acabar con Paulino en el primer asalto. Paulino le observó, le aguantó... y al finalizar este primer asalto oyó que una parte del público vociferaba:

— «¡Destripa a ese gallego de mierda!»

Esto era demasiado para una exhibición. Se sintió vejado y despreciado. Se olvidó de los homenajes y obsequios. Inicia el segundo *round*, se planta en medio del ring y cuando se acerca Firpito para el primer contacto, lanza un vertiginoso gancho de izquierda y le hace caer bruscamente al tapiz. El público español aplaudió y el argentino guardó silencio.

De todos modos, hay que reconocer que la historia y la antropología del boxeo se repite. Si a Paulino Uzkudun le llamaron en Argentina «gallego de mierda», a Jack Johnson (1878-1946), primer campeón del mundo de boxeo de los pesos pesados le llamaron «negro de mierda». Era la insolencia del púgil negro que en el cuadrilátero se concentraba en el espacio salvaje que media entre ambos contrincantes, ajenos a las descalificaciones reaccionarias del público. En el *ring* anida el motor del cambio, del desprecio a la norma y a lo establecido.

* * *

Paulino Uzkudun y Nueva York

La llegada de Paulino Uzkudun a Nueva York se basaba en una entrevista que había solicitado para presentarse ante Tex Rickard, el rey de los empresarios americanos de boxeo. Para lograr este especial encuentro actuó como intermediario Obdulio Arroyo Ruz, un buen crítico español de boxeo que residía en Nueva York y que siguió toda la campaña boxística de Paulino Uzkudun en Estados Unidos.

Tex Rickard recibió a Paulino en su despacho del Madison Square Garden con la mejor de sus sonrisas. Tex Rickard podía hallarse satisfecho de su suerte. Como he dicho anteriormente, era la época del jazz, los "music-hall" y los boxeadores. El boxeo alcanzaba en su ritmo ascendente las proporciones de los grandes negocios. Y he aquí que este boxeador rudo, campeón del viejo continente de los grandes pesos, con una pegada que había derribado a todas las estrellas de los cuadriláteros de Europa, venía a representar para él una presunta fuente de ingresos. Eran los años de oro del boxeo.

Tex Rickard le ofreció a Paulino la posibilidad de hacer un combate contra el danés Knute Hansen, que poseía el golpe de derecha más duro y peligroso del momento. Además Hansen estaba haciendo una campaña sensacional en Estados Unidos. La oferta se completó con... «*si Ud. logra vencerle o al menos, resistirle en pie los asaltos, habrá dado un paso firme en este país*». Esto no le gustó a Paulino y dócilmente le espetó:

— «*También puedo ganarle*».

— «*Ese es un problema suyo. Yo le doy una oportunidad y usted podrá o no escucharla. Empiece a entrenarse. El resto es cosa mía. De todo lo demás me ocupo personalmente*».

«*Lo demás*» significaba para Tex Rickard desplegar una ruidosa publicidad, interesar al público y atraerlo a las taquillas del Garden. Y mientras en Nueva York el mecanismo publicitario lanzaba a los cuatro vientos el nombre de Paulino Uzkudun, y la noticia de su presentación en el Garden, el campeón de Europa organizaba su cuartel general de entrenamiento en Pompton Lake, preparándose bajo la mirada atenta de Arthus. Tex Rickard había conseguido su objetivo de interesar al

público. Los cronistas de boxeo neoyorquino acudieron a Pompton Lake para observar el estilo y la forma de Uzkudun, que no debió agradecerles mucho, ya que publicaron crónicas asegurando que Knute Hansen le derribaría fácilmente, ya que el campeón de Europa no poseía una defensa eficaz para neutralizar el golpe de derecha del danés.

Pero el vasco tenía una fe inquebrantable en la victoria. Para Paulino Uzkudun era suficiente la fe segura en el triunfo.

El triunfal debut de Paulino Uzkudun se produjo el 27 de febrero de 1927.

* * *

Harry Wills: la "Amenaza negra"

Decepcionado por la conducta de Tex Rickard, Paulino Uzkudun aceptó el ofrecimiento que le hizo el promotor del Ebbete Field Park, de Brooklyn, el italiano Acisclo Fugazzy, para boxear con "*La Pantera Negra*", el fabuloso Harry Wills, que tanto Jack Dempsey como Gene Tunney le habían rehuido cobardemente.

Vamos a dedicar unas líneas a este magnífico boxeador, que con George Godfrey formaba por aquel entonces la pareja de púgiles negros más famosa y temida del mundo. Harry Wills había nacido en la pintoresca y turbulenta Nueva Orleans allá por el año 1892, y a orillas del Misisipi transcurrió la triste y miserable infancia del que más tarde llegaría a cosechar gloria y fortuna en el deporte. A los diecinueve años, Harry Wills empieza a destacar. Tiene una gran vitalidad, su pegada es terrorífica, y su agilidad, felina. Sus victorias más resonantes las alcanza sobre Sam Langford y Kid Norfolk, sus hermanos de color (Kid Norfolk venció al senegalés Battling Siki) y sobre Jack Thompson, Jim Sullivan y tantas y tantas figuras prestigiosas de la época. Pero de nada le valieron sus triunfos, ya que Jack Dempsey rechazó sistemáticamente todos sus desafíos, como después lo haría Gene Tunney. "*La Pantera Negra*" fue el fantasma amenazador que se alzó ante los americanos, quienes, temerosos de ver sustituidos sus ídolos blancos (Dempsey y Tunney) por un campeón de ébano a imagen y semejanza del viejo Jack



El 13 de julio de 1927 Paulino Uzkudun combate en New York contra Harry Wills ("La Pantera Negra"). En el cuarto asalto noquea a su rival. Obsérvese la diferencia de envergadura anatómica.

Johnson, se negaron a brindarle la menor oportunidad. El último de sus combates lo realizó con Paulino Uzkudun. Paulino quebró definitivamente una carrera gloriosa, que si no culminó en el campeonato, fue debido a las mismas maquinaciones que impidieron a Paulino Uzkudun ceñir más tarde la corona mundial. Un blanco es un blanco y un moreno es un apestoso negro. No olvidemos que el único sitio, en esta fecha, donde un negro puede pegar, machacar y vencer a un blanco es boxeando en un cuadrilátero. Fuera del ring, ante cualquier circunstancia por evidente que sea, un negro no tiene nada que hacer frente a un blanco.

Era la noche del 13 de julio de 1927. El Ebette Field Park de Brooklyn se encuentra abarrotado por una multitud que ha venido, atraída tanto por la aureola del «campeón sin corona», como llaman a Harry Wills, como por la fama conseguida por Paulino Uzkudun a través de sus dos únicos combates en Nueva York. Los espectadores acogen a ambos púgiles con ruidosas ovaciones. Paulino, se da cuenta de la importancia del combate. Comienza atacando y pone en juego su gancho izquierdo; Wills, que en cuanto encaja el primer golpe entiende de la peligrosidad de aquel *punch* adversario, intenta acabar pronto, disparando una furiosa y temible ráfaga de golpes, que Paulino encaja sin pestañear, mientras continúa conectando sus ganchos de izquierda y martilleando los flancos del negro. En el cuarto round, «la Pantera» es alcanzada con un demoledor golpe en el parietal derecho. Harry Wills se lanza sobre Paulino, enfurecido, pero éste le recibe con durísimos golpes de contra que le hacen tambalear. De pronto, Paulino lanza un *uppercut*. Wills bloca con la izquierda, y Paulino, aprovechando el momento, aplica su puño derecho en la mandíbula de su enemigo. El golpe ha sonado seco, como un chasquido. La multitud contempla atónita la estrepitosa caída del gigantesco gladiador. Paulino Uzkudun le había metido plomo en el epicentro de los sueños y Harry Wills cayó en la lona. En la lona del ring no hay muelles que amortigüen la caída. El boxeador se derrumba con la ética del perdedor.

Paulino se retira rápidamente al rincón neutral, y se queda mirando a su adversario, a quien el árbitro comienza a contar los segundos reglamentarios. Parece que no podrá incorporarse; pero cuando el árbitro va a lanzar el grito de *jout!*, «la Pantera» está en pie. Paulino sale dispa-

do del rincón, se abalanza contra el adversario que esta *groggy*, le proyecta contra las cuerdas, le aplasta. Sus puños chocan cual chasquidos al caer sobre la mandíbula del negro una y otra vez. Harry Wills se dobla y cae definitivamente, mortalmente herido, sobre la lona. Ha pasado apenas un minuto del cuarto período. La multitud, entre ella millares de latinos e hispanoamericanos, salta en sus sillas, lanza los sombreros al aire, y en la noche de Nueva York estalla una de las más ruidosas ovaciones que haya sido tributada jamás a pugilista alguno.

Entretanto, Paulino, el árbitro y los *managers* de ambos boxeadores trasladan el pesado e inerte cuerpo de Harry Wills hasta su esquina. Este era Harry Wills, el hombre que sólo una vez en su vida había doblado la rodilla, precisamente frente al gran Sam Langford, en diecinueve asaltos, hacía diez años.

"La Pantera Negra" es trasladada del ring al vestuario, mientras Paulino, en alarde de facultades físicas, de fuerza y de resistencia, y especialmente de una agilidad que ningún peso fuerte ha poseído como él en la historia del pugilismo, realiza unos sorprendentes ejercicios gimnásticos en el ring, con las consabidas vueltas de campana sobre el cuello.

Y, acto seguido, el *speaker* lanza en su nombre un reto al campeón mundial, Gene Tunney.

Gene Tunney se encuentra en primera fila de ring. También están, entre otras estrellas del boxeo, Jack Dempsey, Sharkey, Mac Tigue...

Gene Tunney se revuelve inquieto en su butaca. Se levanta y sale del Parque en silencio. Un grupo de espectadores que le ha visto salir (*huir*) sin aceptar el reto, le increpa ruidosamente.

Después de su derrota ante Uzkudun, "la Pantera Negra" colgó los guantes y montó un gimnasio en su querida Nueva Orleans. Poco después tomó parte en un festival celebrado en el Garden a beneficio de un antiguo boxeador. Este boxeador, negro, se hallaba ciego a consecuencia de los golpes. Vivía de la caridad pública y de un pequeño estipendio que le abonaba el Garden por su trabajo de barrendero. Aquel boxeador negro había sido uno de los grandes luchadores de la época. Se llamaba... Sam Langford, viejo adversario de Harry Wills.

Esta es la historia del temible pugilista que, rehuido cobardemente por Dempsey y Tunney fue escogido premeditadamente para adversario de Paulino Uzkudun.

La clamorosa victoria sobre Harry Wills (que le colocaba de un salto a más altura que Sharkey, que no había logrado vencerlo de forma contundente, y también a más altura que Dempsey, que había huido siempre de él como el mismísimo demonio) fue un golpe que el mago de la taquilla no esperaba y que no podía estropear en cualquier momento sus combinaciones. Por lo pronto tuvo buen cuidado de hacer (*y él sabía cómo*) que la Prensa no le diera a la victoria toda la importancia que en realidad tenía. Y así Wills pasó a ser, en unas horas, del pugilista más temido del orbe a un pobre anciano que ya no podía ni sostenerse los pantalones en el ring.

* * *

Sólo es español quien lo desea o no tiene otro remedio

Después de este escándalo, Tex Rickard trató de ordenar (para seguir ganando dólares) la trayectoria de Paulino Uzkudun y le propuso bruscamente las posibilidades futuras al campeón europeo. Le planteó la necesidad de nacionalizarse americano porque en Estados Unidos no querían campeones extranjeros (ni negros), por lo que tenía que dejar de ser español. Después, ya americano, le proporcionarían un combate con Dempsey, en el que Paulino Uzkudun se dejaría ganar. Posteriormente se enfrentaría con Tunney y... Paulino Uzkudun se negó rotundamente a ambas proposiciones con racionamientos patrióticos, sencillos pero contundentes. La respuesta de Tex Rickard, con aquella sonrisa de hiena desbragada que le caracterizaba, fue cáustica:

— *«No tengo más que decirte. No boxearás con Dempsey y no serás campeón del mundo jamás».*

La estampa heroica del vasco crece y se agiganta por momentos. A pesar del “golpe fantasma” que le costó la descalificación ante Delaney, la multitud cree en él y reclama un encuentro con Sharkey, para decidir cuál de los dos disputará a Tunney el entorchado mundial. Pero Tex Rickard tiende una nueva trampa al Campeón de Europa. Le promete

enfrentarle a Sharkey si antes vence a Tom Heeney. Paulino replica que ya le ha ganado hace cinco meses por puntos, pero ante la imposición de Tex Rickard acaba aceptando un nuevo encuentro. El combate tiene lugar el 8 de septiembre de 1927, en el Garden. Paulino sube al ring con el corazón atenazado por la duda: si derriba a su adversario, el árbitro tal vez decida lo mismo que en su encuentro con Delaney, descalificándole por supuesto golpe bajo; si no lo derriba y Heeney llega en pie al final de los quince asaltos, darán la victoria por puntos al neozelandés. Todo menos reconocerle la victoria, con la consiguiente amenaza de no poder vencer después a Jack Sharkey. Pero las dudas desaparecen de su cerebro en cuanto empieza el combate. Metódicamente, implacablemente, Paulino somete a su adversario a un furioso martilleo de golpes. En el segundo asalto es tal el castigo que está encajando su adversario, que nadie acepta la remota posibilidad de que pueda salvarse del *k.o.* Paulino Uzkudun aplica demoledores golpes al cuerpo y a la cabeza de Heeney, que sangra abundantemente y flota sobre sus pies. Pero es en el séptimo *round* cuando la superioridad de Uzkudun adquiere caracteres abrumadores. Heeney está debilitado y Uzkudun le alcanza con golpes fortísimos de derecha e izquierda a la mandíbula. Las piernas del neozelandés se doblan, y entonces se agarra desesperadamente al regiltarra para eludir la caída. Y así, una y otra vez, un asalto y otro. Ha terminado el combate. Uzkudun está fresco, sonriente, como si acabase de realizar un simple entrenamiento de *punching*. Heeney, en cambio, está herido, sangrante, el rostro magullado y el cuerpo enrojecido por los golpes. El dominio del vasco ha sido total, de punta a cabo, del primero al último tañido de gong. Pero Heeney no ha caído y, ante el estupor de la multitud, que ha ovacionado delirantemente al español durante los sesenta minutos del combate, el *speaker* proclama match nulo. Estalla una estrepitosa protesta: una espontánea y noble protesta, surgida de lo más hondo del corazón de aquellos millares de espectadores que acaban de ser testigos de otra nueva injusticia cometida con Paulino Uzkudun.

Tex Rickard se frota las manos. Su "idea" ha sido desarrollada al pie de la letra. Una hora después, Paulino habla con Tex Rickard en el despacho del Garden, donde acaba de tener lugar la pelea. Discuten, no se entienden, Paulino reclama sus derechos a la corona mundial pero...

— «Usted habrá visto, *míster*, que he ganado fácilmente a Tom Heeney».

— «Sí, Paulino. He visto que le has ganado, pero los árbitros han fallado match nulo. Esto destruye mi proyecto de enfrentarte con Sharkey».

Paulino Uzkudun, el noble y bravo gladiador vasco, salió del despacho dando un portazo. Pocos meses después, Tom Heeney, a quien había vapuleado las dos veces en que se enfrentaron, se medía a Jack Sharkey y hacían combate nulo en diez asaltos.

¿Campeón Mundial? ¡No! ¡No fue un verdadero campeón mundial quien hizo match nulo con el hombre a quien Paulino ganó en dos ocasiones! ¡Paulino Uzkudun, debió sentarse en el trono de los pesos pesados! Pero Paulino era español, y Jack Sharkey era norteamericano. El mundo era norteamericano.

* * *

Con el combate contra Johnny Risko terminaba el año 1927 en el que Paulino Uzkudun disputó nueve combates: dos en La Habana, uno en Tampa, y seis en New York, de los que ganó cuatro por k.o. (Martin O'Grady, Antolin Fierro, Homer Smith y Harry Wills), dos a los puntos (Knute Hansen y Tom Heeney), perdió uno por descalificación (Jack Delaney), perdió otro a los puntos (Johnny Risko) y finalizó otro con combate nulo (Tom Henney).

Es difícil, por no decir imposible, superar ese récord. Hoy en día, un peso pesado sólo disputa uno o dos combates por año (lógicamente ganando muchísimo más dinero que el que ganó Paulino Uzkudun). Paralelamente, dentro de su rudeza, Uzkudun se iba puliendo en sus formas. Aprendió en la dura escuela del ring y de los golpes que hay seres buenos, personas normales, gente honrada, bastardos intelectuales e hijos de perra esenciales. Por eso, este aldeano de Régil! (¡qué lejos estaba Régil!) pronto se dio cuenta de que la cabeza era para algo más que peinarse y crear caspa. Paulino Uzkudun en 1927 tiene una presencia combativa, difícil, llena de ángulos afilados, de aristas, una agilidad de hombre flaco y nervudo, con las manos grandes, una tez como de origen campesino, de trabajo rudo e intemperie. Se explica torpemente o elige de pronto callar algo o repetir no. Dice que... elude preguntas y

golpes con una destreza de pugilista frío y se vuelve aún más rápido, más afilado y cortante cuando quien le interroga quiere confundirle. Habla una mezcla de euzkera, castellano e inglés que le hace atractivo para las mujeres. Es un hombre admirado y querido por el público de New York; al mismo tiempo, es un boxeador temido por la élite de los pesos pesados. Las damas y actrices le invitan a sus mansiones y ha aprendido a corresponderles invitándolas a presenciar sus entrenamientos. No es un garañón que se quila a cualquier hembra de bien o de mal. Paulino Uzkudun se va americanizando. Continúa apasionándose por actrices, coches de lujo y trajes deslumbrantes.

* * *

NUEVAMENTE EUROPA. LUDWIG HAYMANN

Hacia dos años que Paulino Uzkudun no veía a su madre, a la anciana buena, que un día, llorando le vio partir. Decidió volver a España y desde Los Angeles emprendió viaje, deteniéndose en Nueva York solamente el tiempo indispensable para arreglar algunos asuntos económicos. Uno de los grandes trasatlánticos que hacen la ruta Nueva York-Cherbourg le reintegró al viejo mundo, y dos semanas después de dejar la vida paradisíaca de Los Angeles se encontraba en París. Vino a su encuentro a la capital de Francia Eustaquio Bidaguren, el empresario donostiarra, que a toda costa pretendía que Paulino Uzkudun combatiera, siendo él empresa, en San Sebastián.

En la capital donostiarra es recibido triunfalmente, en medio de una delirante manifestación popular. Nuevamente las bandas de música y las pancartas, y el «¡Gora Uzkudun!» como expresión emocionada de un pueblo a su héroe. Y, después, de nuevo el recuento de los recuerdos cosechados en aquellos dos años de América, cuyos cuadriláteros han proyectado al espacio el nombre de uno de los más grandes pugilistas de todos los tiempos: Paulino Uzkudun. Los tiempos cambian. Aquel aldeano que partió con un pantalón, una camisa y una maleta, ahora viste con zapatos de Nueva Orleans, cuello almidonado, pasador de oro, pañuelo italiano, calcetines blancos, calzoncillo ajustado y prieto para que no penduloneen sus atributos, traje de caña, corbata inverosímil como una bandera enarbolada al cuello, sombrero de ala ancha y botines de un rojo chillón.

De San Sebastián a Régil. La primavera ha brotado cuando Paulino llega al caserío, hundido en el fresco verdor de las altas montañas, cuyas cumbres se enredan en jirones de nubes bajas. El rudo boxeador debe sentir el gozo del regreso en el corazón, del reencuentro con aquel rincón querido, tantas veces soñado desde la lejanía de América. Pero nada le produce tan intensa emoción como volver a abrazar a su madre, la anciana que un día le vio marchar con lágrimas en los ojos, y que ahora le recibe un poco asombrada dentro de su alborozo, estrechando entre sus brazos a aquel hijo, famoso ya en el mundo entero... En el aire queda un bramido de dicha. Recuerda cuando era un cachorro de concelebrante y mirando a su traje, se da cuenta que se ha olvidado del ropón litúrgico. A pesar de que es un hombre berroqueño, con ausencia de lírica, se emociona y por dentro, llora.

La fama de Paulino Uzkudun era desbordante y las solicitudes periodísticas continuas. Le reclaman de Madrid, donde es agasajado, reconocido hasta límites insospechados. Paulino Uzkudun es un pequeño dios en aquella España de 1928. Es invitado a realizar en Bilbao el saque de honor de un partido de fútbol de máxima rivalidad copera entre el Athletic y el Real Madrid. Un general aplauso de admiración por el héroe sube por el graderío futbolero. Y Bilbao, una de las cunas del boxeo español, levanta la bandera de la admiración a un púgil al que los bilbainos adoran. Nuevamente el polo admirador y adorante del hombre ante la evidencia. Los periódicos le acosan. Bagaría le caricaturiza, y una cupletista madrileña le agota deshidratándole el sexo. Durante su estancia en Madrid recibe un telegrama de Eustaquio Bidaguren en el que le anunciaba para el día siguiente su visita, acompañado del alcalde de San Sebastián don Francisco Beristain y dos concejales. Venían a Madrid a convencerle de que debía combatir en San Sebastián contra Bertazzolo defendiendo el Campeonato de Europa. A Paulino Uzkudun no le agradaba la idea de disputar el título en San Sebastián, porque sabía que mayor beneficio monetario había de reportarle la defensa del título en Barcelona (le ofrecieron cuarenta mil duros) o en París. Pero se le habló de que era patriótico que peleara en San Sebastián y no puso reparos. Si era cuestión de patriotismo, Paulino Uzkudun había demostrado siempre ser tan patriota como el primero.

De este modo, se acordó que Uzkudun defendiera el título de Campeón de Europa en San Sebastián contra el italiano Bertazzolo, que estaba dirigido por su antiguo apoderado Francisco Deschamps. El problema se presentó cuando nadie quería ser promotor para organizar la velada. La precipitación nunca es buena madre. Decidieron ser promotores (empresa) Justo Oyarzabal y el propio campeón Paulino Uzkudun. Paralelamente Rafols Rigodó, *matchmaquer* (catalán), hizo esfuerzos por estropearles el negocio de la velada, organizando el mismo día un combate estelar entre Hilario Martínez y Joe Dundee en Barcelona. La taquilla iba viento en popa y prácticamente estaba vendido todo el billeteaje, cuando todo se vino abajo. La víspera del combate se recibe la noticia de que Bertazzolo había desaparecido. Deschamps no lo encontraba por ninguna parte. Se vieron obligados a devolver el dinero y el público donostiarra se desinfló. Se buscó como sustituto al peso pesado alemán Ludwig Haymann (*"el doctor"*), que había realizado una brillante campaña en Estados Unidos, y cuyo récord registraba una victoria sobre su com-

patriota Franck Diener. El combate se celebró en la Plaza de Toros de San Sebastián el 8 de julio de 1928 y fue un fracaso boxístico y deportivo. Paulino fue netamente superior al germano, y tras someterle a un durísimo castigo, acabó noqueándolo en el noveno *round*. Después de esta pelea Haymann dejó el mundo del boxeo y desapareció definitivamente.

Aquella velada de la Plaza de Toros donostiarra constituyó un fracaso económico, ya que la citada sustitución retrajo al público. Pero no solamente fue un fracaso económico por la falta de público, sino por las falsas promesas de las autoridades municipales donostiarras. Prometieron a Justo Oyarzabal y a Paulino (la empresa) que no les cobrarían tasas oficiales y que la utilización de la plaza de toros sería gratuita. Al día siguiente, fueron requeridos para pagar los impuestos al Ayuntamiento de San Sebastián y el alquiler del coso taurino. Y tuvieron que pagar. Los guipuzcoanos son gente a las que no se les enternece la corteza cerebral fácilmente. Si se trata de arriesgar dinero, primero prometen y a la hora de la verdad acusan mareos, les dan síncope, soslayan la mirada y tuercen los ojos hacia el otro lado como si no entendieran el lenguaje (en estos casos les da lo mismo hablar en euskera que en castellano). Son como los catalanes pero empeorando. Perdieron miles de duros. Paulino Uzkudun prometió no volver jamás a ser empresa boxística y decidió no boxear nunca más en San Sebastián.

Probablemente el hecho más significativo de su estancia en Guipúzcoa, fue la compra de una hermosa casa a la entrada de San Sebastián. Tenía por nombre "Venta Berri" y allí llevó a vivir a su madre y a una hermana que le acompañó hasta su muerte. Paulino Uzkudun había ganado mucho dinero (*dólares*) y dotó a la villa de un estupendo gimnasio, la amuebló con lujo rodeándola del máximo confort. De este modo rindió un tributo de agradecimiento a su madre.

Pués bien, después del fracaso ante sus paisanos ("En todas partes cuecen habas y en mi casa calderadas") y del fiasco de las autoridades municipales, Paulino Uzkudun vuelve a América. Ha revalidado el título de Campeón de Europa de los pesos pesados con poco éxito... Pero ¿quién es capaz de ganar a Paulino Uzkudun en el ring europeo? Nadie.

* * *

SEGUNDO VIAJE A AMÉRICA. AL CAPONE

Paulino llega a Miami, la hermosa capital del Estado de Florida, uno de los centros turísticos más importantes del mundo, cuyo clima tropical hace de él el lugar residencial preferido por los potentados norteamericanos. La fama de Uzkudun, incomparablemente mayor que la de cualquier otro pugilista, le abre las puertas de las villas de recreo y lujosas residencias que poseen en Miami las estrellas del cine, los magnates de las grandes industrias, los multimillonarios y todo ese mundo privilegiado que han convertido a Miami en su paraíso invernal. Allí, también bullen las familias, la mafia, los clanes y el mundo gansteril.

Es precisamente en esta ciudad donde Paulino Uzkudun conoce al napolitano Alfonso Capone, de treinta años, rebautizado Al Capone y apodado "Scarface", o "Cara Cortada". El célebre gángster (semi-dueño de Chicago) era entonces multimillonario y se hacía retratar con Gene Tunney, Jack Dempsey, Jack Sharkey y otras grandes figuras del ring. Capone tenía un interés especial en relacionarse con Paulino Uzkudun, dada la fama del vasco al que le profesaba una veneración sin límites.

Al Capone era el más famoso de todos los gángsters. Hizo una fortuna a cuenta de la sed de los norteamericanos, condenados por entonces a la ley seca, y de otros negocios sucios, las apuestas y los tugurios del vicio. Al Capone era elegantemente cruel, crudamente deshonesto, asesino y luético.

Capone tenía sólo un lema en su vida: enriquecerse por los medios que fueren y a cualquier precio. Como consecuencia de este emblema intelectual, aprendió que sólo triunfa quien desconfía. En la época de la ley seca en EE. UU. realizó contrabando de bebidas alcohólicas y dirigió en Chicago su famosa banda, responsable de múltiples asesinatos. Después de cada muerte pedía religiosamente paz para los muertos ya que él tenía por costumbre no concedérsela a los vivos, sin respetar amigos ni rivales.

Su desconfianza llegó a límites insospechados, por ejemplo, no fiarse de ningún médico. Al Capone padecía sífilis desde sus tiempos juveniles y aceptó el tratamiento para su enfermedad, de una bruja siciliana

que consistía en baños aromáticos y vahos de esencia de trementina, colocando la verga encima de un puchero. Después se aplicaba emplastos de azufre y aceite de ricino con los que envolvía la maltrecha y sensible pieza anatómica. Para los dolores y picores utilizaba perejil y permanganato. Sin embargo, su apetito sexual no le impedía sus prolongadas orgías con lo que contaminaba a las putas (estaban todos podridos de sífilis, blenorragia y demás bacilos) con lo que el chancro lógicamente no desaparecía. Esta práctica terapéutica continuó aplicándola, en la cárcel, cuando fue recluido en 1932.

Paulino fue invitado a la mansión de Capone... y aceptó, a pesar de saber que era un gángster, enriquecido con las ganas de beber whisky de los americanos, las apuestas trucadas de todo tipo y los lupanares. Todo este submundo era controlado con mano de hierro por Capone y su banda de forajidos. Capone era el rey de todo lo sucio, oscuro e ilegal. Era un ropón del hampa y un criminal educado en las leyes etéreas de la mafia. Vivía palaciegamente, como rey sin corona, rodeado de sayones de la muerte con armas hasta en la entrepierna que defendían al monarca con entrega y fidelidad. Le acompañaba siempre Leoluca Orlando, Salvatore Cuffado, Sergio Escaleno y un curioso personaje acartonado, que parecía una momia egipcia con secuelas de viruela en la cara al que llamaban "Reverendo" y que siempre seguía al visitante apuntándole con una lúpara aserrada. También aparecía y desaparecía merodeando el siniestro ambiente de Capone, otro bípedo oscuro y tenebroso llamado Gennaro Colucci. Este elemento con facies tipo culo de mandril, había sido guardia municipal en Nápoles, antes que la camorra lo enviara a América al servicio de Capone y que alternaba su profesión de pistolero arbitrando partidos de *basquet*, deporte que empezaba a galopar por Estados Unidos.

Capone, como casi todos los gángsters, era un gran aficionado al boxeo. Capone era un experto en apuestas... legales y de las otras. Había visto boxear a Paulino Uzkudun y le agradaba porque era una roca que acometía en el ring (tenía *nuts*) y le había hecho ganar importantes sumas de dolares. De este modo quiso conocer personalmente al vasco y obsequiarle en su palacio de Miami. Paulino Uzkudun le visitó y se sentó a la mesa de Capone en diez ocasiones, rodeado de impresionantes medidas de seguridad y seguido por "Reverendo" a todas partes. También se paseó con el capo mafioso, en su lujoso y blindado (a prue-

ba de todo) automóvil por las carreteras de Florida. Simpatizaron, se elogiaron, se admiraron... pero Paulino Uzkudun se sintió libre el día que se despidió de Capone porque aquel mundo gansteril de pistolas, sospechas y lúparas era como el corsé de un jorobado para un hombre que luchaba a pecho descubierto en un cuadrilátero y que estaba habituado a respirar el aire puro de la libertad. En casa del abominable Capone, pudo comprobar cómo asistían a sus comidas jueces comprados, jefes de policías a sueldo, políticos sobornados y putas de alto nivel seleccionadas para la ocasión. Todos le perseguían... pero todos cobraban y al recibir el peculio inclinaban la cabeza con docilidad, mientras Capone tomaba permanganato con whisky para sus picores luéticos. Por otra parte, Capone padecía una dermatitis seborreica en el cuero cabelludo, que le provocaba una lenta lluvia de caspa que brillaba como el rocío en sus hombros. "Reverendo" se encargaba puntualmente, misión ruin, humillante y agradecida, de limpiar los hombros de la chaqueta de Capone, con un plumero haciendo desaparecer la blanquecina nieve casposa... sin soltar en ningún momento su arma reglamentaria.

Sin embargo, es justo reconocer que la única oferta sería que Paulino Uzkudun recibió de Al Capone, fue una propuesta que Uzkudun me manifestó con orgullo, tanto por la posible trascendencia al aceptarla como las consecuencias al rechazarlas. Al final de una comida, en compañía de sus más allegados, Capone guardó silencio unos minutos, todos callaron... y se dirigió a Paulino Uzkudun que estaba justo enfrente del capo en la mesa:

— *«Paolino tu serás campeón del mundo de los pesos pesados solamente si dejas de ser español y te nacionalizas americano...».*

(silencio cortante)...

— *«Yo puedo hacerte americano en tres días con toda tu documentación en regla...».*

Es muy difícil saber lo que circulaba por los circuitos cerebrales del vasco en aquel momento. Probablemente lo que don Miguel de Unamuno llamaba el "cerebro cojonudo" o sea el cojonudismo como forma mental y canon valorativo del comportamiento español. Sencillamente Paulino Uzkudun le dijo al dueño de América que no quería dejar de ser español y que seguiría boxeando.

El 27 de febrero se celebra en La Playa de Miami el combate a diez asaltos entre Jack Sharkey y Willian Young Stribling, organizado por Jack Dempsey, que a la muerte de Tex Rickard había pasado a ocupar temporalmente su puesto en la dirección del Madison Square Garden. El combate fue presenciado por una heterogénea multitud, que vio proclamar vencedor a Sharkey por puntos, al final de diez asaltos monótonos e insípidos, en que el «*muchacho fuerte de Boston*» fue paradójicamente el menos agresivo de los dos.

Antes de iniciarse la pelea, Paulino Uzkudun fue presentado al público, anunciándose que boxearía con el vencedor para el Campeonato del Mundo.

* * *

PRIMO CARNERA

Corre el mes de noviembre de 1930...

A los cinco meses de haberse erigido campeón mundial de todas las categorías el germano Max Schmeling, Paulino Uzkudun va a enfrentarse en Barcelona con Primo Carnera, el extraño "Goliat" italiano que llega de Estados Unidos después de haber realizado la proeza de ganar veinticuatro de los veinticinco combates realizados en el "país del dólar" durante nueve meses.

Estamos en el Estadio de la Exposición de Montjuich, 30 de noviembre de 1930. El encuentro (su primer encuentro) con Primo Carnera coincidió con una de las huelgas revolucionarias que marcaron el proceso de la agonía de la monarquía española. Debido a esta situación política y a otras causas hubo que retrasar el combate, por lo que no se pudo realizar en la fecha originalmente designada. Es más, el día 30 de noviembre, día en que la pelea tuvo lugar, no se sabía con seguridad si la pelea podría llevarse a cabo aquel día o había que suspenderla de nuevo. Se trataba de la reunión de boxeo más importante que se había celebrado en España. Produjo unos ingresos en taquilla que acaso en muchísimos años no se volvieron a repetir. Dickson, por tanto, trataba de tomar toda clase de precauciones, ya que, siendo los gastos de organización elevadísimos, el más mínimo pánico que se produjera podía acarrearle una pérdida económica de grandes proporciones. Setenta mil espectadores abarrotan el amplio recinto para ver de cerca a los dos mastodontes, uno ya en la cúspide de la fama y otro en camino de conquistarla. Al borde del ring se alinean los enviados especiales de la prensa europea y una buena representación de la americana. En la primera fila del *ringside* aparecen varias celebridades internacionales del deporte, desde el gran Georges Carpentier hasta Max Schmeling, el campeón actual del mundo.

Un rumor de expectación acoge la presencia de ambos gladiadores. La estampa de Primo es colosal. Mide dos metros y cinco centímetros y pesa ciento doce kilos. Uzkudun, a pesar de su respetable volumen físico, no pasa de ser un simple David al lado de aquel Goliat del boxeo moderno.

Y empieza la batalla. Paulino, frente a aquella montaña de músculo, sólo tiene un medio de combatir: el cuerpo a cuerpo, atacar con furia

y llegar a las costillas del gigante en series rápidas y poderosas. Paulino inicia el ataque...

Sabe que frente a Carnera, tenía que depender completamente del *infighting*, porque en la larga distancia la enorme envergadura del italiano le daba toda clase de ventajas. Desde el comienzo notó que sortear la guardia de Primo y llegar a sus costillas con mazazos era empresa fácil. Pero al mismo tiempo que Paulino, lo notó Moss Deyong, quien, como había venido a España para proteger los intereses de Dickson, se propuso evitar a toda costa que el castigo que pudiera infligirle a Carnera en el cuerpo a cuerpo estropeará al italiano. Y Moss Deyong procedió en España, y contra un español, en igual forma que procedieron en América contra Paulino Uzkudun los árbitros más abiertamente parciales: consentía que Carnera le agarrara descaradamente en cuanto llegaba al *infighting*, y en vez de amenazarlo y sancionarlo con una descalificación, se apresuraba a separarlos, con lo cual la ventaja volvía a ser de Carnera.

Paulino Uzkudun estaba acostumbrado a poner el grito en el cielo cada vez que en los Estados Unidos le hacían una "faena" de esa naturaleza, pero después de lo que le ocurrió en Barcelona ya no volvió a tener fuerzas para protestar. Si en España le habían tratado con tanta injusticia, ¿cómo iba a sorprenderle que lo hicieran en Chicago o Detroit?... Por lo visto, el dinero era lo único que valía en todas partes... ¡Pues a ganar dinero y a no preocuparse del resto!

A pesar de la manifiesta parcialidad del árbitro, Paulino Uzkudun venció a Primo Carnera, y así lo creyó también la mayoría del público que asistió al espectáculo. El fallo de Moss Deyong para él no tuvo ningún valor y fue un episodio más en el fraude de la historia del boxeo. El árbitro estaba en la nómina de Dickson y Primo Carnera fue declarado vencedor en este combate a diez asaltos.

Después de este fraudulento combate, Paulino Uzkudun decide descansar una breve temporada y acude al núcleo familiar de Régil, los amigos, las tertulias... Disfruta alegremente de la Navidad y el Nuevo Año 1931... En el mes de enero retorna a los Estados Unidos, donde debía proseguir su campaña. Quería enfrentarse de nuevo con el campeón mundial Max Schmeling, a quien estaba seguro de poder vencer en un

encuentro estando en buenas condiciones físicas. Aunque no se le ocultaba que conseguir tal encuentro no era empresa fácil, no perdía nunca la esperanza de llegar a realizarlo. Como esta vez no había permanecido largo tiempo fuera del *ring* no necesitó de un duro entrenamiento para encontrarse de nuevo en condiciones de pelea.

* * *

VEINTE ASALTOS MEMORABLES: PAULINO UZKUDUN-MAX BAER

Era el 4 de julio, día de la Independencia de los Estados Unidos. Sobre el mismo escenario en que en 1910 combatieron el majestuoso negro Johnson y el ya veterano, calvo y demacrado James I. Jeffries, tiene lugar el combate Uzkudun-Max Baer. Jack Dempsey, que arbitra el match, reúne a los dos adversarios en el centro del ring. Es la una del mediodía. Un sol de fuego cae a plomo sobre el estadio, abarrotado de una multitud expectante. Sobre el inmenso mar de cabezas blanquean los *canotiers* y se mueven las sombrillas. El estadio es un hervidero.

Suena el gong y comienza uno de los combates más fabulosos de la historia moderna del pugilismo. ¡Veinte *rounds* de tres minutos! Hacía muchos años que las batallas a distancias largas habían sido abolidas en el mundo. El precedente había que buscarlo en los tiempos heroicos de los Sullivan, Corbatt, Goss, Richmond y otros legendarios boxeadores.

Uzkudun se abalanza furiosamente sobre su apolíneo adversario (en quien clavan sus lánguidas miradas las hermosas muchachas de toda Norteamérica) e inicia un ataque arrollador, pero metódico, huracanado y más cerebral. Max Baer boxea con elegancia, con ritmo, con un extraordinario sentido plástico de la esgrima. Son dos estilos antagónicos: la fuerza y el coraje contra la elegancia. El poder arrollador del vasco frente al cientifismo del americano. La curva de un torso poderoso que embiste en tromba contra la verticalidad depurada de un clásico del ring. Este juega las piernas con ritmo de danza; aquél clava los pies en la lona, se afinsa y golpea.

Uno, dos, cuatro, seis asaltos...

Max Baer va retrocediendo paso a paso. Sincronizado a sus movimientos, Paulino va avanzando paso a paso. Dispara contundentes golpes con ambas manos, aplasta a su contrincante contra las cuerdas. Está a punto de derribarle... Sobre el mar de cabezas se estremecen las sombrillas. El calor abre huecos en las apretadas filas de espectadores. Algunos caen desvanecidos. Y el sol, en lo alto, envía plomo derretido sobre el estadio.

Hierva la lona y se funde la resina. Paulino siente que se le abrasan los pies. Cuando termina cada asalto, los segundos arrojan baldes de agua sobre los boxeadores, que chapuzan los pies en los cubos. Esto es un consuelo, un respiro, un alivio momentáneo; el sol absorbe instantáneamente el agua... y el líquido cefalorraquídeo cerebral en donde se secan las neuronas.

Y así uno y otro asalto. Paulino continúa arremetiendo con furia renovada. La multitud puesta en pie, le ovaciona ruidosamente. ¡Nunca, jamás, uno sólo de aquellos millares de espectadores, ha presenciado a un pugilista tan combativo, tan ardoroso, tan valiente! Max Baer es un *punching* bajo sus puños, decrecen sus fuerzas, se le doblan las piernas. Y por contraste, Paulino se agiganta y batalla con encarnizamiento creciente. Suena el gong final. Jack Dempsey alza el brazo de Paulino Uzkudun en señal de victoria y la multitud le aclama como triunfador de la batalla más fabulosa de los tiempos modernos del pugilismo.

Max Baer el rubio, el excéntrico boxeador que se paseaba por Nueva York en su flamante automóvil, con su chófer particular y sus hermosas "secretarias" al lado; que se entrenaba en las *boîtes* nocturnas y brindaba con champaña antes de cada combate, conquistó años después el trono de los grandes pesos del gigantesco Carnera. En 1941 cayó derribado —definitivamente ya— por Lou Nova. Durante la guerra mundial sirvió como entrenador de las fuerzas del Ejército del Aire. Posteriormente, fue una de las principales atracciones de los teatros y salas de fiestas norteamericanos. De cuando en cuando, vemos su rostro —demacrado ya— en las películas que nos envía Hollywood. A veces, los boxeadores son como un Prometeo mal encadenado, que dando alatazos y guantazos se creen ladrones y propietarios del fuego sagrado del dinero y la fama... y después, solos y abandonados, andan por la calle pidiendo lumbre.

A pesar de la crisis económica que ya hacía estragos en los Estados Unidos, el combate con Baer le había proporcionado a Paulino Uzkudun la excelente bolsa de 30.000 dólares.

* * *

SEGUNDO COMBATE CONTRA PRIMO CARNERA EN ROMA

Paulino Uzkudun llega a Roma los primeros días de octubre, acompañado de su manager americano Charlie Johnston, su manager europeo y viejo amigo Justo Oyarzábal y su entrenador en España, Diodoro Casals Petraña. En los andenes de la estación es recibido por una multitud de periodistas, personalidades deportivas y aficionados que aclaman al Campeón de Europa, cuya fama hace muchos años que se extendió por toda Italia.

Paulino Uzkudun reconocía en sus interioridades que era muy difícil vencer a Primo Carnera en su casa y con el apoyo del peor público del mundo en el ámbito boxístico, como es el italiano. Los italianos adoraban a Carnera como los españoles a Paulino Uzkudun. Todos pensaban lo mismo:

«Primo Carnera ha matado de un puñetazo a Ernie Schaaf, ha destrozado a Jack Sharkey y ahora vencerá, sin duda, a Paulino Uzkudun».

Paulino Uzkudun sabía mucho de boxeo, tanto en el ring como fuera del cuadrilátero. Tomó todas las precauciones posibles. Un italiano es capaz de hacer cualquier cosa en el mundo del deporte... y si es posible, con tal de ganar, ninguna reglamentaria ni decente.

Y, en efecto, a Uzkudun no le faltaban motivos de desconfianza. Apenas llegado a la capital de Italia, Pasquale Cavallo Ruggiero un acaudalado deportista romano le ofrece gentilmente su lujosa finca en los arrabales de Roma. Paulino agradece la invitación, pero alega que tiene ya reservadas habitaciones en el Hotel Palace.

Poco después, se enteró por informadores confidenciales que el gentil deportista que le ofrecía su casa para entrenarse era un íntimo amigo de Primo Carnera, miembro de la familia Corleone y mafioso activo que regentaba el negocio de los lupanares romanos.

Con su habitual sentido de aldeano de Régil pensó que si en Estados Unidos le envenenaron dos veces, en casa de un italiano podía pasar cualquier cosa, pero ninguna agradable para su salud y para el éxito de la pelea.

Sin embargo, la prensa airea a los cuatro vientos las ventajas e inconvenientes de ambos púgiles. Se siente por todas partes el bullicio de los que esperan un gran combate. Hasta este momento todo es normal.

Pocos días antes del combate recibe en el hotel la visita de un enviado de Aquiles Soreci, el *manager* de Carnera. Es un sicario que con voz temblorosa le ofrece dinero importante si... El hombre se muestra nervioso, retuerce el sombrero entre las manos, le perlea el sudor en la frente... Está sentado incómodamente en el borde de la butaca, como preparado para dar un salto en el momento oportuno. Paulino sonríe con picardía:

— *«¿Qué condición impone “signore” Soreci?».*

— *«Dice que como usted va a perder de todas maneras a lo mejor le interesa cobrar... cobrar esa fortuna, ¡Porque es una fortuna, “signore” Uzkudun!, por tirarse usted en el tercer o cuarto asalto».*

El hombre ha soltado la frase a toda velocidad. Paulino se incorpora de un salto. El hombre se incorpora de otro salto, con cara de pavor. Al sentirse cogido por la solapa, comprueba que sus pies no tocan suelo, levita, se encoge con expresión de susto y es expulsado violentamente de la habitación.

La fuerza del empujón provoca el desencaje de la puerta, las bisagras saltan y el cuerpo del sicario deja un reguero de sangre por el pasillo y escaleras del hotel. El escándalo es mayúsculo, al comprobar el personal que un hombre sangrando abundantemente, grita solicitando auxilio y cruza corriendo el hall del Palace repleto de periodistas, se cae al suelo y se estrella contra la puerta giratoria de la entrada... Así desapareció el sicario.

Otra de las precauciones que tomó Uzkudun en Roma fue no comer nunca en el hotel ni en los mismos restaurantes, donde se presentaba sin previo aviso, para evitar que pudieran servirle un menú condimentado especialmente para él y envenenarle de nuevo.

Sin embargo, Aquiles Soreci no se dio por vencido y tras comprobar que a Paulino Uzkudun no se le podía comprar intentó otra vulgar estratagema. Contrató a una docena de arpías y zurronas que le seguían

por todas partes, molestando, insinuando, provocando y tratando de impedir que Uzkudun pudiera entrenarse con la comodidad que un combate de tal envergadura requería. Pues bien, tampoco las jineteras romanas pudieron con él, a pesar de que era uno de los puntos débiles de nuestro púgil.

El copioso anecdotario del "leñador vasco" se enriquece en Roma con nuevos hechos pintorescos. Uno de ellos tiene lugar durante el acto del pesaje, celebrado en el domicilio de la Federación Italiana de Boxeo la mañana del combate. Los diarios matinales dedican grandes espacios a comentar el encuentro que va a celebrarse en la plaza Siena por la tarde entre el ídolo italiano y el Campeón de Europa. En el instante en que Paulino, ya desnudo, va a subir a la báscula, le muestran un periódico que publica un dibujo humorístico representando a Primo Carnera disparando un puñetazo y a Uzkudun cayendo de espalda al tapiz. Al pie del dibujo, la siguiente leyenda:

«Así va a caer el español hoy».

Paulino resopla con rabia, toma el periódico entre las manos, lo estruja y brama:

— *«¡Así va a caer tu padre!».*

Durante el combate, los millares de espectadores que habrían de abarrotar la Plaza de Siena, gritarían a su ídolo, viendo que pasaban los asaltos sin que Uzkudun cayera:

«¡Primo, a terra! ¡A terra!».

Horas después de aquella escena del vestuario, Paulino atraviesa la plaza de Siena protegido por un cordón de policías y sube al ring. Desde el tablado gira la mirada en redondo. La visión es impresionante. Ochenta mil italianos se apiñan en el improvisado estadio. La Italia fascista está representada por millares de camisetas negras. Una banda militar interpreta "Giovinezza", la canción de la juventud, cuyas estrofas se esparcerían años después por los frentes de combate. Una salva de ovaciones acoge la presencia de Benito Mussolini en el palco presidencial. Inmediatamente después aparece en el cuadrilátero Primo Carnera, vistiendo camiseta negra y luciendo el flamante cinturón de campeón.

Carnera saluda al Duce brazo en alto, en actitud militar. Le recomendaron a Uzkudun que también realizara el saludo fascista. Paulino Uzkudun levantó el brazo disciplinariamente por respeto a Benito Mussolini y se dispuso a combatir. No obstante, es preciso aclarar lo que ya queda dicho del mundo del boxeo italiano: son tramposos y miserables a todos los niveles. Una prueba más es que a Paulino Uzkudun le hicieron boxear con guantes distintos a los reglamentarios que habían sido depositados en la Federación Italiana de Boxeo. Para colmo, al anunciar los pesos que habían dado en la báscula los boxeadores, dieron por los altavoces el peso en libras para engañar al público con el fin de que ignorara la verdadera diferencia de peso existente entre Primo Carnera y Paulino Uzkudun. Carnera pesó 122 kilos y Uzkudun, 92. Primo tenía veinticinco años y Paulino, treinta y dos.

Empieza el combate y Carnera se abalanza sobre el español furiosamente. Ha prometido solemnemente derribarle ante su Duce y quiere cumplir la promesa. Lanza potentes y duros ganchos de derecha, pero aquel puño que ha derribado a Emie Schaaf y Jack Sharkey, matando al primero y arrebatando al segundo el cetro mundial, no hacen mella en la rocosa complexión del vasco. El público se impacienta a medida que transcurren los asaltos, y Primo Carnera, desconcertado, empuja, traba y golpea antirreglamentariamente. Paulino, que se bate como un león enjaulado, protesta, pero el árbitro le ordena silencio. El gigante aprovecha la actitud del árbitro para arreciar en sus incorrecciones, por lo que Uzkudun, que tiene el rostro ensangrentado por los codazos que le propina su adversario, le habla a éste con aire provocativo, mientras sigue disparando los puños contra sus costillas.

El coraje noble del vasco empieza a levantar un murmullo de admiración en la plaza Siena. La deficiente actuación del gigante comienza a provocar silbidos de protesta y decepción.

— «¡A terra Primo, a terra!».

Pero Primo (el noqueador de Sharkey, Schaaf, *k.o.* Christner, Les Kennedy, Knute Hansen, etc.) se siente cada vez más impotente ante el implacable espíritu combativo del coloso vasco.

Al final de los quince asaltos del combate, el árbitro proclama vencedor a Carnera. Ha ganado, sí, pero no ha derribado a Paulino. Ha ven-

QUINTO VIAJE A AMÉRICA. JOE LOUIS

Un nuevo campeón reina en el trono de los grandes pesos. Jim Braddock, el boxeador del ruidoso barrio neoyorquino de Hell Kitchen, ha batido estrepitosamente a Max Baer, "el Magnífico". Pero un pugilista negro, un tal Joe Louis, acaba de surgir en el horizonte americano amenazando derrocar de su pedestal al campeón blanco. Contra este tal Joe Louis entablará Paulino Uzkudun la última batalla de su vida... Era el invierno de 1935 y el crepúsculo se cernía sobre la vida deportiva de Paulino Uzkudun...

En Estados Unidos, esta estrella negra, un atleta de ébano extraordinario, se alzaba amenazando restaurar la supremacía de la raza negra en el trono de los grandes pesos, perdido por el majestuoso Jack Johnson veinte años atrás frente al "cow-boy gigante" Jess Willard. Aquella estrella deslumbradora se llamaba Joe Louis Barrow, y había nacido en 1914, en una miserable choza de los campos algodonereros de Alabama (no olvidemos que como signo de desprecio, los negros no fueron admitidos en las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos hasta la II Guerra Mundial). El hambre le había hecho boxeador (el hambre ha dado al mundo los mejores pugilistas), y los combates de Joe Louis Barrow se contaban por victorias desde que a la edad de veinte años había debutado como profesional en el Bacons Arena, de Chicago. Los más fuertes y resistentes antagonistas sucumbían ante la furia fría e implacable de la nueva estrella negra, a quien llaman "el Bombardeo de Detroit" (ciudad en que había transcurrido parte de su infancia y juventud) por el terrible bombardeo de golpes a que sometía a todos los adversarios antes de derribarlos.

Desde julio de 1934, fecha de su debut, hasta septiembre de 1935, en que derribó a Max Baer, Joe Louis había realizado veinticinco peleas, y sólo cuatro boxeadores habían sido capaces de llegar al límite: Jack Kranz, Adolph Wiater, Pasty Perroni y Natie Brown. Sus últimos triunfos fueron logrados sobre King Levinsky, Primo Carnera y Max Baer, ninguno de los cuales pudo resistir en pie más de seis *rounds*.

Joe Louis es ya por esta época el más calificado aspirante al Campeonato Mundial que ostenta Jim Braddock. Pero para merecer el nombramiento de *challenger* deberá antes batir a todos y cada uno de

los mejores pesos pesados del mundo. Uno de estos hombres es Paulino Uzkudun, el formidable vasco, a quien nadie ha logrado hacer doblar la rodilla. Su aureola de "verticalidad" es una buena garantía de éxito económico para el promotor Mike Jacobs, que inicia rápidamente las negociaciones para el encuentro.

Paulino, que se halla en España después de su último combate contra Max Schmeling, acepta el ofrecimiento y se embarca rumbo a Norteamérica para entablar su última batalla.

Desde el puente del gran trasatlántico, Paulino ve cómo se aproxima, cómo se agiganta y perfila Nueva York en el horizonte. Es su quinto viaje a la "ciudad de los rascacielos". Su primer arribo fue en el invierno, lejano ya, de 1926, cuando acababa de ceñir la corona de Campeón de Europa. Su cuerpo era entonces joven y sus músculos poderosos. Harry Wills probó la dureza de sus puños y los más poderosos gladiadores de la época fueron barridos por el huracanado vasco. Pero la libre y democrática Norteamérica, celosa de su omnipotencia, le tendió un cerco en que habría de ir marchitándose la flor de sus ilusiones y ablandándose la dureza de su espíritu... Nueve años atrás.

¿Qué campeón americano pudo haber batido entonces a Uzkudun, en una lucha noble y deportiva? ¡Ninguno! y por eso América le negó sus derechos a disputar aquella corona mundial que ciñó primero Dempsey, después Tunney, más tarde Sharkey, y por último Schmeling, Carnera y Max Baer. ..Estos dos últimos acaban de ser noqueados por Joe Louis, la nueva estrella negra de Norteamérica. Y a su encuentro va Uzkudun en este día de otoño de 1935 en que Nueva York se perfila en el horizonte.

Paulino sabe que ésta va ser su última gran batalla. Sabe que sus posibilidades de victoria son mínimas. Tiene treinta y seis años, una edad demasiado avanzada para intentar vencer al joven negro de veintidós años. Pero sabe también que en esta batalla postrera de su vida quedará a salvo su fama de boxeador infatigable y heroico.

La audacia propagandística de Mike Jacobs, digno sucesor del rey de los promotores deportivos Tex Rickard, ha rodeado de una inusitada expectación el encuentro de Joe Louis con Paulino Uzkudun, que tendrá lugar el 13 de diciembre de 1935, en el Madison Square Garden.

Paulino Uzkudun, después de saludar a sus amigos de Nueva York, se dirige a Pompton Lakes, donde establece nuevamente su campamento de entrenamiento. Desempolva los viejos guantes de combate e inicia una preparación metódica, diaria, bajo la mirada experta de su manager, Whitey Bimstein. Ahora, como en sus buenos tiempos, cuando se entrenaba para combatir con Tommy Loughran, con Harry Wills o con George Godfrey, los periodistas afluyen diariamente a Pompton Lakes para seguir de cerca la puesta a punto del veterano boxeador. La opinión es unánime:

— «No pasará del segundo asalto. Paulino sera derribado por primera vez en su vida...»

Pero Paulino se niega a reconocer la posibilidad de una derrota tan estrepitosa. Sabe que va a perder, pero cree poder resistir en pie los doce asaltos del combate.

Y continúa preparándose concienzudamente. Por las mañanas recorre grandes distancias, respirando a pleno pulmón el aire de los pinares y de los campos que rodean Pompton Lakes. Por las tardes se encierra en el ring con sus *sparrings*, entablado varios asaltos llenos de dureza. Poco después del anochecer se retira a descansar...

Noche de gran gala en el Madison Square Garden

Llega la noche del 13 de diciembre de 1935. La plaza del Madison vuelve a ofrecer hoy el aspecto brillante y multicolor de los grandes acontecimientos deportivos. En la portada del Garden (esa portada tan familiar a Paulino) resplandece su nombre con letras de fuego. Una hora antes del combate, Uzkudun llega en un soberbio automóvil, que tiene que hacer sonar el claxon para avanzar entre la multitud que se agolpa ante las taquillas. Los revendedores saltan en marcha a los pescantes de los vehículos, y como en aquella noche lejana de su debut en 1927, los golfillos del Manhattan y Harlem burlan la vigilancia de la Policía, se encaraman hasta las portezuelas de los coches y gritan, ofreciendo entrada para el combate.

Frenan los coches, se abren las portezuelas y descienden hermosas

mujeres luciendo sus trajes de noche. Estrellas de cine, boxeadores famosos, personajes de Wall Street. Esta noche el Garden registra una de las mejores entradas del año. Paulino desciende de su lujoso automóvil. Alguien le reconoce y la multitud le aclama...

La sala está abarrotada de público. Mientras Paulino la atraviesa en dirección al ring, apenas si oye el rumor de la ovación con que es acogida su presencia. Tiene el pensamiento lejos del Garden. Piensa en sí mismo, en sus doce años de carrera deportiva, en su primer combate en París, cuando en el estadio Anastasie derribó al campeón ruso Touroff. Entonces Paulino era joven y fuerte y Touroff se deslizaba por la pendiente del ocaso. Ahora, en cambio, Joe Louis es joven y él ha entrado en el crepúsculo deportivo. Y una pregunta le asalta repentinamente machacándole las neuronas de su cerebro: ¿hará Joe Louis con él lo que él hizo con Touroff doce años atrás? Pero Uzkudun desecha rápidamente el pensamiento y sigue andando hacia el ring.

Desde el cuadrilátero gira la mirada en redondo. El aspecto de la sala es impresionante. Bajo la luz lechosa de los reflectores distingue perfectamente a los que se sientan en las primeras filas de ring. Fraques y trajes de noche, pecheras blancas y amplios escotes que permitían enseñar la areola mamaria y dejaban escapar al aire levemente los insinuantes pezones de las damas que acompañaban a los monarcas, príncipes y resto de la nobleza y corte de la lúpara. A su paso saludan respetuosamente a Paulino Uzkudun inclinando la cabeza. Pero también hay otros rostros conocidos. Ahí esta el actual campeón del mundo, James I. Braddock, antiguo cargador de los muelles de Hoboken. Está también Jack Dempsey, el furioso "Martillador de Manassa", que en su declive quiso comprar a Paulino para adornarse, con una postrera victoria sobre él. Alcanza a ver, desde su rincón, al elegante y aristocrático Gene Tunney, el ex campeón que desoyó su reto la noche histórica de su triunfo sobre Harry Wills. El fabuloso negro Jack Johnson, el primer campeón de color de los grandes pesos, que exhibe sus machacadas facciones junto a Primo Carnera, el gigante italiano que hace seis meses ha sido derrotado en seis *rounds* por Joe Louis. El germano Max Schmeling también aparece en el *ringside*, y ahí está Jack Sharkey, fugaz campeón que tampoco aceptó un encuentro con Uzkudun. Y Max Baer "el magnífico", con quien entabló Uzkudun aquella fabulosa batalla de veinte *rounds* bajo el sol abrasador de Reno...

Más allá del ring, la sala permanece envuelta en una suave penumbra. En este momento sube al ring Joe Louis. Paulino le observa por el rabillo del ojo. Es un formidable ejemplar de atleta negro, magníficamente proporcionado, cuyos músculos resaltan bajo su piel brillante de color café tostado. Sus movimientos dan la sensación de agilidad felina, de flexibilidad acerada.

Sí, Paulino sabe que va a perder mientras sus ojos recorren la asombrosa anatomía de su antagonista. Sabe que será derrotado, pero quiere alcanzar un bello y hermoso morir deportivo. Por eso ha rogado a la Comisión Atlética del Estado de Nueva York que el árbitro no detenga el combate bajo ningún pretexto. No teme al *k.o.*, pero teme que Arthur Donovan suspenda la pelea cuando se halle sometido al martilleo de los puños de Joe Louis. Por eso también sonríe ahora ante las cámaras cinematográficas y las máquinas fotográficas de la prensa. Quiere que éstas recojan de su último combate la entereza de ánimo que les faltó en momentos análogos a Max Baer, King Levinsky y a Primo Carnera, las tres últimas "víctimas" de la estrella negra.

Arthur Donovan llama desde el centro del ring a los dos pugilistas. Cuando termina de hacer las recomendaciones de rigor, Uzkudun, con voz firme y segura, le dice:

— *«Recuerde que no deberá suspender el combate. Yo corro con las consecuencias».*

Suena el gong. La multitud enmudece. Los gladiadores se abalanzan el uno sobre el otro y chocan con furia. Joe Louis dispara largos directos, la guardia alta, es la línea clásica. Paulino, agazapado, perfectamente cubierta la cabeza entre los brazos, logra colocar varios ganchos y *swings* en el rostro de su adversario. Pero éste no acusa el efecto de los golpes y gira en torno del vasco aplicándole largos golpes de izquierda.

Termina el primer asalto y continúa el segundo. La figura del púgil de ébano se agiganta paulatinamente. Es un genio del boxeo, ante el cual Paulino se ve en la imposibilidad de lucir sus dotes de gran pegador. Toda su fiereza combativa se estrella ante aquella máquina de disparar golpes, regida por un cerebro frío e implacable. Termina el segundo

round y Paulino no ha doblado la rodilla, resistiendo estoicamente las embestidas y los golpes. Pero esta ardorosa resistencia no hará más que retrasar el fin inevitable.

Casi al final del tercer asalto, Paulino conecta un demoledor *uppercut* de derecha al corazón de Joe Louis, que acusa el golpe y lanza un quejido. En la multitud se produce un estremecimiento de sorpresa. Joe Louis se encoge, se repliega en sí mismo y retrocede, mientras Paulino avanza sobre él. En este momento suena el gong.

Paulino ha comprendido que ésta será su única oportunidad, y aunque para lograrla haya de jugarse a cara o cruz la derrota, no vacila un solo instante.

Empieza el cuarto *round*, y Paulino Uzkudun sale disparado de su rincón, llega hasta su contendiente, y es entonces cuando se produce el instante fatídico para él. Al impulsar el brazo hacia atrás para disparar la izquierda se ha descubierto ligeramente el rostro. El negro ha visto el hueco libre y, antes de que el puño de Paulino llegue a él, le conecta un terrible directo de derecha entre la punta de la barbilla y la nariz. El puño de Joe Louis ha cubierto más rápidamente la trayectoria fatídica, y Paulino Uzkudun se desploma de espaldas sobre la lona.

La multitud, puesta en pie, ve por primera vez a Uzkudun tendido en el tapiz. El árbitro, Arthur Donovan, ordena a Joe Louis que se retire al rincón neutral y empieza a contar:

— «¡Uno! ¡Dos! ¡Tres!... ¡Siete!».

Paulino se ha incorporado por completo, sube la guardia y espera la acometida del negro. Pero antes de que éste llegue a su altura, el árbitro le pregunta si quiere abandonar.

Y cuando Joe Louis llega a su altura, Paulino Uzkudun, en vez de agarrarse y trabar, dispara los puños furiosamente, dispuesto a vender cara su derrota. Un nuevo golpe de Joe Louis le abre el labio superior y empieza a sangrar abundantemente. Ciego por la sangre, aún durará Paulino unos segundos más. Joe Louis golpea ahora con renovada saña. Sus puños chasquean al estrellarse en la sangre. Uzkudun vuelve a bailar sobre sus pies, pero no cae. No quiere caer. ¡Se lo impide una fuerza



El 13 de diciembre de 1935, Paulino Uzkudun se enfrenta a Joe Louis. Ha terminado la última batalla del "coloso vasco". El árbitro, el manager y el segundo de Uzkudun le llevan al rincón a viva fuerza. Joe Louis acaba de vencerle en cuatro asaltos. Es la única vez en la historia boxística de Uzkudun que fue derribado en el ring.

subconsciente; le mantiene en pie su espíritu indomable, su bravura temperamental! ¡No quiere caer... y no cae!

El árbitro se ha interpuesto entre ambos, y les envía a sus rincones respectivos. Joe Louis alza el brazo en señal de triunfo. Y Uzkudun se revuelve indignado, y grita al árbitro:

— *«¡Me prometió no suspender la pelea! Yo puedo seguir combatiendo!...».*

Su *manager* y sus cuidadores tienen que llevarlo a viva fuerza hasta el rincón, mientras en la sala se alza una atronadora ovación premian-do la valentía de este boxeador extraordinario que ha sabido perder como los grandes y viejos campeones, en una hermosa y bella muerte deportiva.

Y en tanto que el *speaker* anuncia la victoria del joven Joe Louis, el viejo Paulino siente que las lágrimas le brotan por primera vez de sus ojos. Porque por primera vez en su vida han chocado sus costillas con el tapiz. Aquella fue su última batalla, y aunque perdida, dejó izado en el Garden su pabellón de gladiador infatigable y heroico.

Al día siguiente, España recibió con consternación la noticia de la derrota de su veterano boxeador. De aquel extraordinario boxeador que se había medido a ocho hombres que ciñeron coronas mundiales: Mickey Walker, Jack Delaney, Paul Berlenbach, Tommy Loughran, Primo Carnera y, por último, Joe Louis.

Rodaron los años y la estampa bravía de Paulino Uzkudun permaneció fiel en la memoria de todos los españoles, y en la memoria de todos aquellos que presenciaron o tuvieron noticia de sus hazañas. Un día, hallándose Joe Louis en Londres de jira por Europa, cierto periodista le preguntó quién había sido el boxeador que más daño le había hecho. Joe Luis respondió:

— *«He derrotado a siete campeones del mundo (Carnera, Baer, Sharkey, Rraddock, Schmeling, Billy Conn y Henry Lewis), pero ninguno me machacó con un golpe tan potente como Paulino Uzkudun en 1935... Me hizo sufrir y pensé que su puño me había reventado el hígado y los riñones. Es un golpe que no olvidaré en mi vida. Me destrozó*

física y mentalmente... Pero superé el mazazo en el ring como pude y las consecuencias de aquel golpe todavía las soporto».

Paulino Uzkudun era el peso pesado más fuerte del mundo de toda la historia del boxeo. Pelear con Uzkudun era como luchar contra un muro de hormigón con brazos que aguanta todo y cuando responde te destroza.

* * *

EPÍLOGO

El desarrollo del título que acabo de presentar "*Paulino Uzkudun y el boxeo*" toca a su fin con el desenlace del combate contra Joe Louis. Paulino Uzkudun regresa a España vencido, satisfecho, reconocido, admirado y millonario. Es un héroe. Es un dios con minúscula en una España que empieza a pensar en otras cosas. ¿Pero qué nación ve Paulino Uzkudun cuando llega derrotado y millonario?

Como he mencionado en la Introducción Histórica de esta época, a comienzos del XIX, paralelamente a la vida y obra de Paulino Uzkudun, surge en España una luz de progreso y cambio que se concreta en cambios sociales drásticos.

Sin embargo, esta joven y esperanzadora República no supo controlar el caos del Gobierno del Frente Popular implantado tras las elecciones del 16 de febrero de 1936. El Frente Popular ahogaba a la República, presa de radicalismo de socialistas y anarquistas cuya única bandera era violar monjas, asesinar a clérigos de alta y baja graduación en el escalafón eclesial y quemar iglesias, palacios, universidades y bibliotecas. De este modo llegó el momento de la tragedia.

Los toques de clarín empezaron a sonar por doquier. Se imponía el tono marcial y proliferaban las consignas de sacar pecho, mantenerse firmes y matar. La muerte, dama temida, implacable, odiada, inevitable, lógica, caprichosa, injusta, anhelada o liberadora... extendía su negra mortaja por aquello que llamaron las dos Españas.

Un viento helado recorría España en 1936, a pesar del calor de julio. Ese viento se colaba por las puertas de las casas, mordía los tobillos, helaba el alma y congelaba el cerebro. Era la guerra. Aparecían en las cunetas muertos olvidados y mal enterrados. Aquellos días los españoles desayunaron café con sangre y la noche llegó envuelta en llamas.

De la misma manera que las montañas se comunican por las cumbres, los carlistas empezaron a comunicarse por los campanarios. Se podía escuchar ruido de sotanas, casullas, roquetes y estolas acompañados del tañir de campanas. Así surgió de las cuevas y bosques navarros el requeté perfectamente uniformado y armado, con la boina roja y la manta en bandolera. Eran la Brigadas de Navarras que quisieron parar

las balas del enemigo con escapularios y sagradocorazones, fruto de aquella España poco feliz que ora y embiste.

La marea de sangre oxidó los muelles del juicio dejando el cerebro marchito a los españoles. España empezó a bailar al son tartamudo y fúnebre de la metralla con el terror de las balas, la negrura de las bombas y el cuerpo a cuerpo de las bayonetas. Era la hora en que los españoles deseaban matarse unos a otros.

Así, el caballo de la guerra inició un trote pausado pero seguro golpeando con suavidad su pezuña herrada en la piel dura del toro hispano... poco después inició un galope más contundente, brusco y enérgico y poco más tarde el caballo se desbocó arrasando todo lo que encontraba bajo sus patas. Ahora las herraduras sacaban chispas de fuego como rayos, nacidos en la tierra de una España que entraba en declarada guerra.

De la misma manera que el hombre sólo se afirma negando y talando monumentos con hacha y balas, ambos bandos se dedicaron con mucha aplicación, como modernos *Talibanes* a destruir glorias arquitectónicas y artísticas del contrario, que por otra parte eran las propias de todos los españoles. Parecía como si España quisiera dar muerte a su pasado.

Estudiar la Guerra Civil ("*la guerra de los tres años*") es asistir a esa locura con el callado horror de quien contempla, cincuenta años después, el cataclismo de lo español. Dos trenes a toda caldera chocaron y apareció una gran llamarada... También apareció nuevamente la historia militar en sus barbaridades con madrugadas de disparos en la nuca, al pie del muro del camposanto. Es el retrato del español con la piedra en la mano y el lenguaje de la dinamita entre los dientes fruto de una España que tritura a sus hombres. Es la tauromaquia humana que en los chiqueros de las cárceles, donde miles de prisioneros escuchaban los clarines de la muerte con el miedo pegado hasta los huesos, esperaban el estoque que los llevara por delante y las mulillas que los arrastraran a la fosa. No olvidemos que en esta corrida trágica, nunca se devolvían los toros al corral.

Esta es la España con la que se encontraba Paulino Uzkudun a su regreso de América. Un madrigal de sangre, ya que en tiempos de guerra sólo triunfan los mensajes de ira. Nuestro boxeador tomó parte activa en este desastre... pero ésta es otra historia.

* * *

RESUMEN DE LOS COMBATES DE PAULINO UZKUDUN 1923-1935

- Disputó 70 combates como boxeador profesional de los pesos pesados con los siguientes resultados:
 - 52 victorias (30 por K.O.).
 - 15 derrotas.
 - 3 nulos.

Solamente dobló la rodilla en el ring una vez en su vida. Fue en su último combate contra Joe Louis (13-XII-1935).

- Los combates se realizaron en veinticinco ciudades distintas de Europa, Africa y América.

* * *

PALABRAS DE RECEPCION Y PRESENTACION

Pronunciadas por

JUAN MANUEL GANDARIAS

Excmos. e Ilmos. Srs. Colegas,
Señoras y Señores:

LAUDATIO AL PROF. VITORIA

I. RASGOS DEL RECIPIENDARIO

En el turno de hoy accede a nuestra Corporación un nuevo AMIGO, el Profesor Doctor don Manuel Vitoria Ortiz, Catedrático de Medicina de la Educación Física y el Deporte de la Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea, con destino en la Facultad de Medicina y Odontología, habiéndome correspondido presentarle ante Vds., conforme a las normas que se siguen en estas situaciones.

El Prof. Manuel Vitoria nació el 1 de diciembre de 1945 en la calle Barrencalle Barrena de Bilbao. Conocí a D. Manuel Vitoria cuando cursaba los estudios de Licenciatura de Medicina en Salamanca, a lo largo de la década de los sesenta del pasado siglo. Tengo referencias directas y asiduas sobre él que me acreditan para dedicarle esta LAUDATIO con la información necesaria y, hacerla además, con el mayor agrado. Se trata del que fue un ex alumno mío muy apreciado, y a día de hoy, un cole-

ga, valioso, responsable y entusiasta. Para no incurrir en elogios que parezcan productos del capricho o de la veleidad, referiremos escuetamente sus merecimientos, acompañándolos de opiniones expuestas por terceros sobre la tarea y categoría del Prof. Vitoria, tanto en el campo de Historia de la Medicina como en el de Cátedra de Medicina de la Educación Física y el Deporte, que ahora desempeña. Procederemos, pues, en este empeño:

Manu Vitoria fue Becario de la Excma. Diputación Foral de Vizcaya durante toda la carrera y, por dos años más, hasta la terminación de su Tesis Doctoral en 1972, que obtuvo la máxima calificación en el tribunal presidido por el Prof. Laín Entralgo, máxima figura internacional de la especialidad. El título del trabajo, dirigido por el Prof. Sánchez Granjel, fue el de *"Vida y Obra del Dr. Areilza"*. Esta tesis doctoral fue la primera que se leyó en nuestra Facultad, siendo decano el que hace este relato y que formó parte de dicho tribunal, apreciando el criterio de los componentes técnicos de dicho Jurado, Profs. Granjel y Laín Entralgo. Dicho trabajo alcanzó un nivel suficiente como para que el Prof. Vitoria fuera impulsado por estos maestros para publicar un libro sobre la *"Vida y Obra del Dr. Areilza"*. Respecto al resultado habido, además de ser una obra entrañable y extraordinariamente solicitada, se pronunciaba así el Prof. Granjel, en 1975: *«Sabemos que actualmente tiene en curso de ejecución otros empeños históricos; queremos animarle a concluirlos y no cejar en este quehacer. La historiografía médica vizcaina tiene en el Doctor Vitoria su mejor cultor»*.

Especialista en Traumatología y Medicina Deportiva, para su mejor formación, el Prof. Vitoria realizó estudios de especialización e investigación en la Universidad Claude Bernard, de Lyon, merced a una beca que le concedió el Gobierno francés en 1974.

El Prof. Vitoria es, además, Doctor en Filosofía y Ciencias de la Educación, Sección de Psicología, por la Universidad de Deusto (1981), lo que le permitió una mejor exploración humana de sus personajes históricos.

Con esta transcripción resultaría pálido que nos pronunciáramos intentando cargar el acento en los merecimientos sobrados que acreditan a nuestro patrocinado, para ingresar en la Real Academia de

Medicina como miembro de número, a la que ha venido aportando sus esencias histórico-científicas y su inteligencia acuciada por la pasión que anima el amor a la tierra, de lo que ha dado continuas muestras.

II. INGRESO DEL PROF. MANUEL VITORIA EN LA REAL ACADEMIA DE MEDICINA DEL PAÍS VASCO/EUSKAL HERRIKO MEDIKUNTZAREN ERREGE AKADEMIA

El tema elegido fue: "*Evolución Histórica de la Gota: de la Podagra a la Síntesis de las Purinas*". Con respecto a esta patología, subrayamos que fue un modelo instructivo de la patología molecular sobre el que se ha investigado desde antiguo como ha ocurrido con la diabetes. Ambas entidades ofrecen ejemplos elocuentes de la extraordinaria y creciente importancia que la investigación bioquímico-fisiológica tiene en los campos de la clínica y de la terapéutica. En este trance de incorporación a la Real Academia del Prof. Vitoria tuvo el honor de ser elegido para dedicarle la LAUDATIO y el apadrinamiento correspondiente.

III. ALGUNOS APUNTES SOBRE EL BOXEO

Dejamos de momento la exposición de su *Curriculum Vitae* para ofrecerles algunas consideraciones sobre el boxeo, a fin de correlacionarlas con el tema que el Prof. Vitoria nos dedica sobre Paulino Uzkudun en su Discurso de incorporación a esta Real Sociedad de Amigos del País. Consideramos un acierto sobradamente atinado la elección de este tema, las páginas que le ha dedicado son cuantiosas y muy sabrosas, dignas de uno y de otro: del protagonista y del narrador; de nuestro patrocinado, en definitiva. Declinamos más comentarios sobre este punto y dictamos los siguientes apuntes sobre el pugilato.

El boxeo es el arte de defenderse por los medios que la Naturaleza ha dotado al hombre: sus manos, sus pies y su cuerpo como un todo.

Las primeras referencias sobre combates de boxeo proceden de Inglaterra: datan de 1682, fueron publicadas en una gacetilla de Londres. Pero, antes de proseguir a partir de esta fecha, optamos por señalar que el boxeo ya se practicaba en el «*glorioso período helénico*»: los griegos fueron auténticos impulsores del ejercicio físico. De ello dan cuenta ciertos escritos que acreditan cómo uno de los principales números de sus concursos atléticos eran los pugilatos, adjudicándose su invento a Teseo; héroe ateniense, hijo de Egeo, rey de Atenas, un héroe mitológico, que guiado en el Laberinto de Creta por el hilo de Ariadna, logró atacar y dar muerte al terrible Minotauro.

Parece ser que los primeros pugilistas boxeaban sólo con sus puños, según marcan la representaciones de los vasos antiguos. Las cualidades que debían reunir los pugilistas eran muchas. Su resistencia no les era menos necesaria para tolerar el calor reinante que para resistir los golpes, ya que los concursos públicos de este género eran muy frecuentes en el rigor del estío, solían comenzar después del mediodía y se prolongaban dilatadamente, cuando el ardor de la canícula atormentaba incluso a los espectadores más entusiastas.

La destreza era tan necesaria como la fuerza; y ésta debía ser mucha. El pugilista habría de poseer un brazo poderoso, capaz de tumbar de un solo golpe a su adversario. La tensión alcanzada por sus músculos para asestar el golpe era tan vigorosa, que si por una vivaz pirueta el adversario lo esquivaba, de forma que el envite no alcanzara el bulto, resultaba casi obligado que el pugilista atacante cayese a tierra víctima de su propio impulso. Es chocante que los métodos empleados por los pugilistas eran muy variados. Unos, conseguían fatigar al adversario al esquivar todos sus golpes, evitándolos al extender sus brazos, impidiéndole lograr su objetivo; todo ello repercutía, en suma, en una tremenda frustración como agotamiento. Como es natural, tras múltiples tentativas y esfuerzos, casi siempre, se alzaban con la victoria los pugilistas más vigorosos y resistentes.

En los concursos públicos, el pugilato como otros juegos deportivos estaba reglamentado. Las competiciones olímpicas se regían, ya, por un código, dictándose incluso las siguientes normas de inexorable cumplimiento para los aspirantes al triunfo en los **Juegos Olímpicos**: Vivir ordenadamente, comer de acuerdo con las prescripciones, efectuar los

ejercicios preparatorios a una hora fija, pese al mal tiempo, prescribiendo la bebida fría y el consumo de vino.

En la Grecia clásica se especificó, incluso la **antropometría**, con vistas a seleccionar los tipos idóneos para la práctica de distintos ejercicios y esfuerzos; y hasta en el entrenamiento muscular se concedía extraordinaria importancia a los ejercicios de resistencia, discriminando el cansancio normal de la fatiga, tanto aguda como crónica.

Pero el boxeo no solamente consiste en propinar golpes; corresponde al pugilista adquirir un entrenamiento que le prepare para que aprenda a esquivar y/o a parar el mayor número de golpes que le dirija su adversario. Junto a esto, el pugilista adquiere un óptimo estado físico que debe ser complementado por una satisfactoria situación moral.

Por otra parte, el instinto de supervivencia cuenta con toda la energía del organismo para descargarlo sobre el cuerpo del rival. Esto, naturalmente, requiere una buena dosis de agresividad.

Llegados a este punto, abordamos el tema como fisiólogos, señalando que la agresión tiene su sede directiva en el sistema nervioso límbico-hipotalámico, de cuyas estructuras componentes destacan el rinencéfalo o cerebro olfatorio, así llamado por el rol crucial que desempeña en la escala animal. El sistema límbico-hipotalámico, en correlación con ciertos núcleos del cuerpo amigdaloides o amígdala, está sumamente implicado en la vida emocional, instintiva, endocrina, vegetativa, reproductora de ataque/defensa y en procesos psíquicos superiores como la memoria y el aprendizaje. Desde el hipotálamo, vía diversas hormonas y neurotransmisiones, se dispara no sólo la impulsividad sexual, del hambre y la sed, sino también la agresividad en su doble vertiente de ataque/defensa, lo que puede suscitar una fenomenología psicosomática elocuente por demás abigarrada.

Pero, el hipotálamo que desencadena los mecanismos inductores de la agresión, del furor para ser más explícitos, debe ser funcionalmente controlado y hasta frenado. Para ello, el sistema nervioso central dispone de una zona denominada "área septal" que constituye la brida del hipotálamo, operante mediante el haz prosencefálico medial (*Medial forebrain bundle*), aportando ingentes descargas de "dopamina", un neurotransmisor capaz de sosegar situaciones tensas y expectantes.

El "grupo límbico" es el memorizador o almacenador de la memoria, especialmente de la memoria emocional; está capacitado para discernir si un nuevo acontecimiento es novedoso para el ser o si es parangonable o semejante a otros eventos anteriores. Y más aún, representa la esfera consciente de la emocionalidad frente al hipotálamo, que es la otra porción del sistema que actúa en la forma impulsiva reseñada anteriormente.

Por encima de este sistema ejerce su autoridad el lóbulo frontal del cerebro, que nos guía cómo, dónde y cuándo, tornándonos en exquisitamente agresivos. Se estima que figuras como Briggs, Grant, Klitschko, Johnson, grandes dinosaurios pugilistas son "cortos", pues recuerdan en sus reacciones a los grandes dinosaurios que tardaban varios segundos en advertir que les mordían la cola. Hoy se nos vende más el atleta que el boxeador. Actualmente se ven púgiles con físicos enormes, de tremenda envergadura, cuyos resultados, naturalmente, defraudan. El boxeo requiere tiempo, automatización, una técnica y un oficio que se suple por simples facultades atléticas. ¡Y magnífico, si además de boxeador eres un atleta; pero, lo primero es lo específico y lo más importante!

El boxeo entre "pesados" es un tanto penoso; no hay equilibrio o balance entre potencia y otras cualidades. Resulta insistente el tópico de que según se asciende de categoría hay menos golpes, pero eso sí, mucho más duros. Es por el balance o equilibrio entre cualidades, por lo que el peso medio, siempre ha sido catalogado como el de la "división reina".

Según Méndez Campa, en el boxeo, el hombre es el arma, el proyectil y el blanco. Que un "peso pesado" actual de 2 m. y 120 Kgs. dé más de tres pasos laterales seguidos, es para levantarse del asiento y ovacionarlo frenéticamente. En las peleas de Sumo, donde más que golpear se intenta aplastar al rival con el peso; merece el comentario de que hay ¡bueyes, no toros!

El rendimiento decae, pronto, por la fatiga.

Joe Louis se enfrentó a auténticas torres humanas (Abe Simon, Primo Carnera). Allí, lo mismo, dominando la situación por un amplio conocimiento de la lucha boxística. Los púgiles modelo tipo Holyfield disfrutaban de un movilismo envidiable, pero al final han de "entrar a

matar". De todos modos, la minoría de púgiles que corren un riesgo auténtico son los que deleitan a los espectadores con un buen boxeo. Contemplando los combates por televisión se obtiene la impresión de que los púgiles son actores. Pero, mientras el actor simula riesgos, el púgil los sufre.

Respecto a la fatiga del púgil hay que considerar varias causas de la misma: limitación de la frecuencia cardíaca, **hiperlactacidemia** y **ascenso de la temperatura**. Un púgil que practica gran movilidad, pero sin golpear "a romper" cuenta con un corazón que puede alcanzar y mantener una máxima frecuencia de 190 latidos-pulsaciones/minuto. Pero, si practica su movilidad intercambiando golpes, con una respiración agitada propia de la lucha y duro contacto, el desfondamiento surge prontamente. ¿Porqué? Por la **hiperlactacidemia**, pues el incremento del lactato a niveles superiores a los 70-80 mg/dl constituye una acidez paralizante sobre el sistema neuromuscular. Y si a todo esto, añadimos el trance del miedo, más los efectos acumulativos de los golpes recibidos (hematomas...), el desfondamiento del púgil ya está servido irremediablemente, con todo el rigor del caso. Contra la acumulación de lactato hay enzimas que logran rebajarlo. Y sobre todo, la afluencia de oxígeno, que "barre" auténticamente a este gas. De hecho, la fatiga surgida ha de pagar la deuda de oxígeno contraída por este desfondamiento; y esto sólo se consigue mediante una pausa de suficiente duración, que en el combate boxístico puede lograrse con sostenidas esquivadas de golpes, sorteando los impactos del adversario, aspiración que no está precisamente facilitada por éste.

El tercer factor limitante es la **temperatura**: si el esfuerzo muscular aumenta de 1 en 1, el grado térmico asciende de 3 en 3. En suma, el boxeo implica, además de un torrente de golpes, una fértil movilidad, una ofensiva acertada y una evasión atinada.

IV. PRINCIPALES TÍTULOS Y MÉRITOS DEL PROF. VITORIA

- Doctor en Medicina y Cirugía (Universidad de Salamanca).
- Doctor en Filosofía y Ciencias de la Educación (Universidad de Deusto).
- Catedrático de Medicina de la Educación Física y el Deporte. Dpto. de Estomatología. Universidad del País Vasco/EHU.
- Director del Centro de Estudios Olímpicos de la UPV/EHU.
- Académico Numerario y Tesorero de la REAL ACADEMIA DE MEDICINA DEL PAIS VASCO/EUSKAL HERRIKO MEDIKUNTZAREN ERREGE AKADEMIA.

TÍTULOS DE ESPECIALIDAD

- Traumatología y Ortopedia.
- Medicina de la Educación Física y el Deporte.
- Rehabilitación.

BECAS

- Becario del Gobierno Francés (1972). Hospital Eduard Herriot (Prof. Triliat, Lyon).
- Becario del Gobierno Francés (1984). Hospital Bellevue (Saint-Étienne. Prof. Bousquet).

PUBLICACIONES RELACIONADAS CON EL PAÍS VASCO

- 6 Libros publicados en la “*Gran Enciclopedia Vasca*” (monografías de Areilza, Achúcarro, Urrutia...) y “*Epidemias de Cólera en Vizcaya*” y los “*Hospitales Mineros de Triano*”.
- Publicación de la “*Ilustración Gimnástica*” de Felipe Serrate editado por la Consejería de Educación y Cultura de la Comunidad de Madrid.

EN LA HISTORIA

Por

Begoña Caya Mesa

- Doctora en Historia Moderna y Contemporánea
- Profesora titular de la Cátedra de Historia de América en la Facultad de Filosofía y Letras -Historia- de la Universidad de Deusto -Bilbao-

Lección expuesta en Bilbao
el 4 de diciembre de 2002,
en el Salón de Actos del
Archivo Foral de Bizkaia